PRESENTA

Julián King en el Mundo de la Magia

CAPÍTULO 1

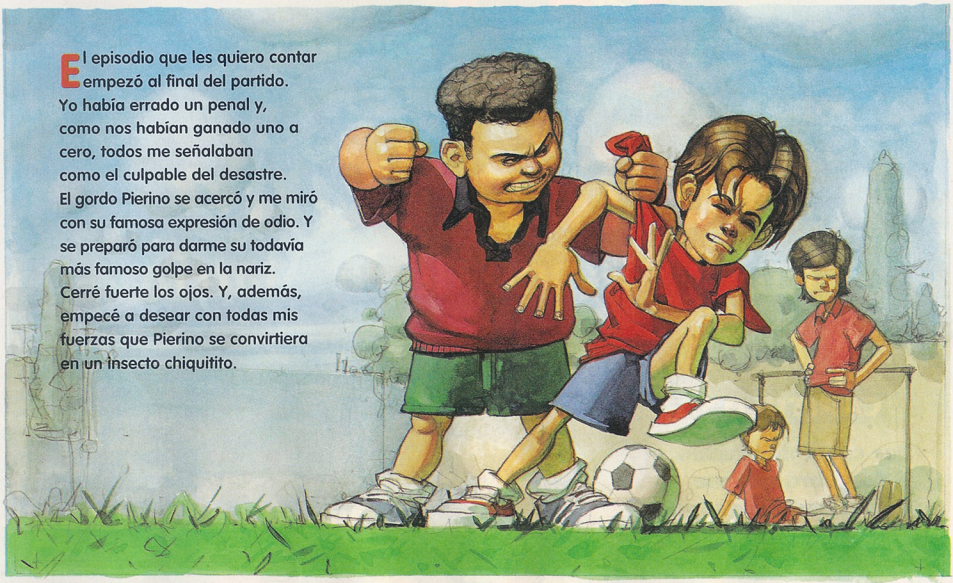
Por culpa de Pierino, descubro que me está sucediendo algo muy raro.

Un nuevo personaje –Julián King– hace su aparición. Es un chico común y corriente, que ni siquiera juega demasiado bien al fútbol. Pero en él se esconde un poder que hoy, justamente, empieza a manifestarse. ¡Comienza aquí una aventura inolvidable!

Guión: Carlos Trillo
Ilustraciones: Ignacio Noé

genios

El episodio que les quiero contar empezó al final del partido. Yo había errado un penal y, como nos habían ganado uno a cero, todos me señalaban como el culpable del desastre. El gordo Pierino se acercó y me miró con su famosa expresión de odio. Y se preparó para darme su todavía más famoso golpe en la nariz. Cerré fuerte los ojos. Y, además, empecé a desear con todas mis fuerzas que Pierino se convirtiera en un insecto chiquitito.

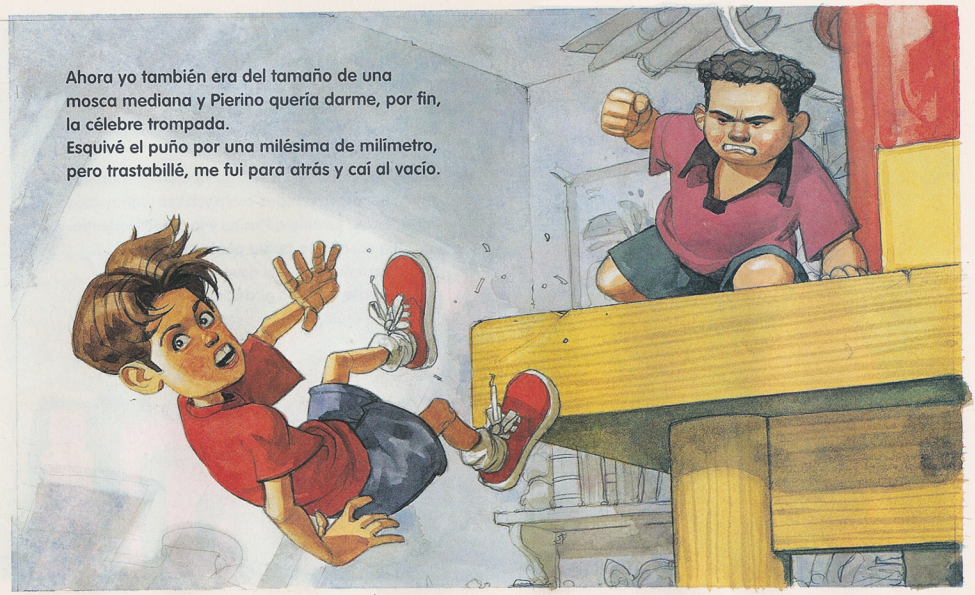


Como pasaban los segundos y la piña no llegaba, abrí los ojos. Increíble: Pierino se había ido. Pero no; enseguida oí aquella vocecita de pito y me agaché para observar la manchita que saltaba en el piso, como una hormiga con un ataque de nervios. Viéndola de muy, muy cerca, uno se daba cuenta de que la mota de polvo electrizada era Pierino. O sea que mi deseo inalcanzable acababa de cumplirse como por arte de magia.

Si era magia, yo podía volver a cerrar los ojos y, con solo desear que volviera a ser el grandote de siempre, listo. Pero no.
Por mucho que hice fuerza, él seguía allá abajo, gritando y midiendo un par de centímetros.
Me pareció que debía disimular. Busqué en mi mochila la caja donde guardo los chicles con poco uso y otras cosas importantes, levanté a Pierino y lo guardé adentro.
En casa iba a poder pensar mejor.
Esperando que el desgraciado no me baboseara todo el chicle, empecé a...

... correr sin parar hasta que llegué a mi cuarto.
Le puse el seguro a la puerta y abrí despacito la caja azul.

Y vi que Pierino estaba llorando y llenando todo de mocos.
–¡Pará de arruinarme el chicle! –le grité.
Lo miré con la lupa de mi abuelo. La verdad, tenía una cara de pobre desgraciado.
–¿Qué se sentirá siendo tan, pero tan chico? –pensé sin querer.
Y, plin, me achiqué.


Ahora yo también era del tamaño de una mosca mediana y Pierino quería darme, por fin, la célebre trompada.
Esquivé el puño por una milésima de milímetro, pero trastabillé, me fui para atrás y caí al vacío.

Tuve bastante suerte porque reboté sobre el almohadón de la silla. Pero Pierino saltó atrás mío para estropearme no solo la nariz sino también un par de dientes.
No me iba a quedar a esperarlo, así que me agarré de unas hilachas del tapizado y, usándolas como a las lianas, conseguí llegar al suelo.
Ahí empecé a correr como un atleta olímpico. O casi, bah.

Atravesé la peligrosa selva en que se había convertido la alfombra del living de mi casa, y conseguí salir a la calle por abajo de la puerta. Los árboles gigantescos –antes humildes yuyos de vereda– no me hicieron el camino fácil, y encima tuve que bordear el inmenso lago en que se había convertido el charquito de la baldosa rota. Lo peor de todo fue soportar los amplificados ladridos de Fifí, el ridículo perro del vecino que ahora parecía un brontosaurio. Pierino era veloz, el desgraciado.
La cancha de fútbol donde había empezado la aventura estaba cada vez más cerca.
A esa altura, debo confesarles, no daba más. El aire no me alcanzaba. Tuve que parar porque si no me iba a reventar el pecho.
Y Pierino se me vino al humo.

¿Qué podía hacer? ¿Cerrar otra vez los ojos para no ver la trompada que se me venía encima, a cien por hora? Volví a desear ser grande. La sensación de estar creciendo me dio mucho vértigo. Lo malo es que sin querer, pensé un poco en Pierino; él también empezó a agrandarse y...

... y ahí quedamos los dos, como al comenzar la historia.
–¿Fuiste vos el que me encogió? –quiso saber Pierino.
–Sí. Y puedo volver a hacerlo si no me dejás tranquilo –dije.
Mi enemigo parecía inseguro y medio fofito. Y entonces se fue.
Justo pasó Fabiana y me miró con admiración. Pero no pude disfrutar mucho el éxito porque la cabeza me trabajaba a mil por hora.
¿Qué era este poder que acababa de descubrir?

Fin del primer episodio

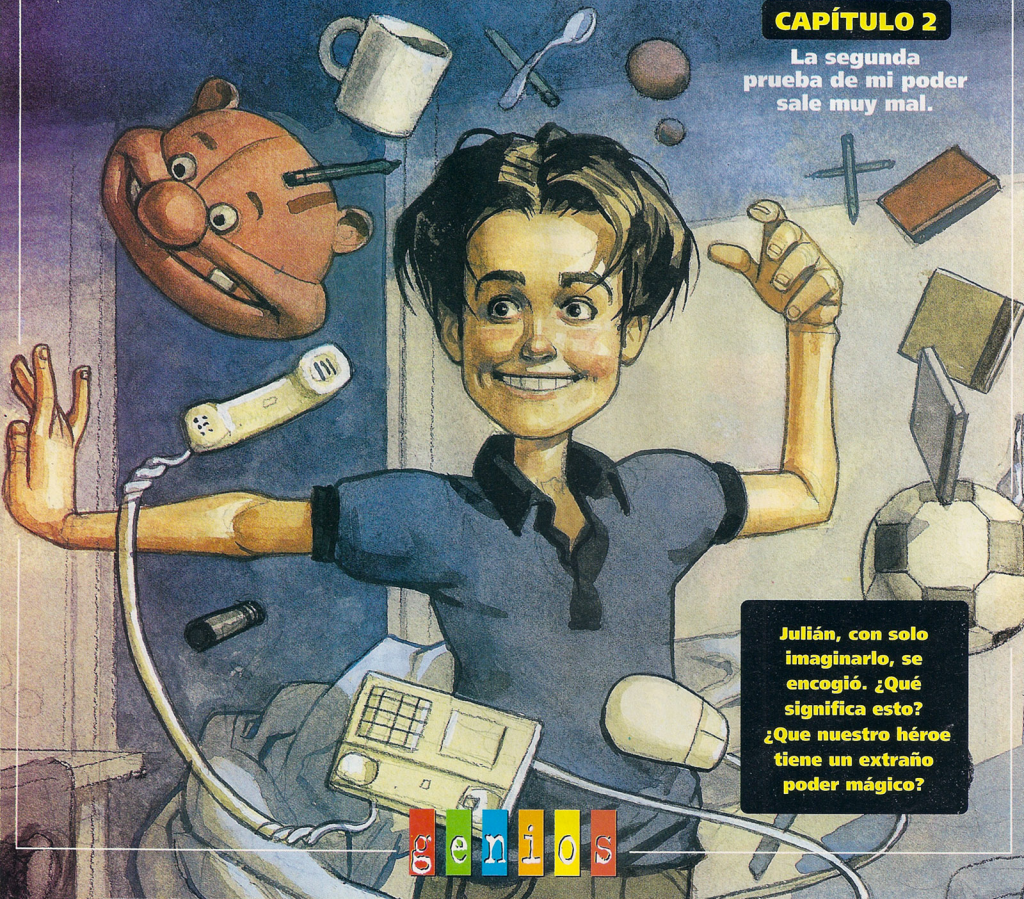
PRESENTA

Julián King en el Mundo de la Magia

Guión: Carlos Trillo • Ilustraciones: Ignacio Noé

CAPÍTULO 2

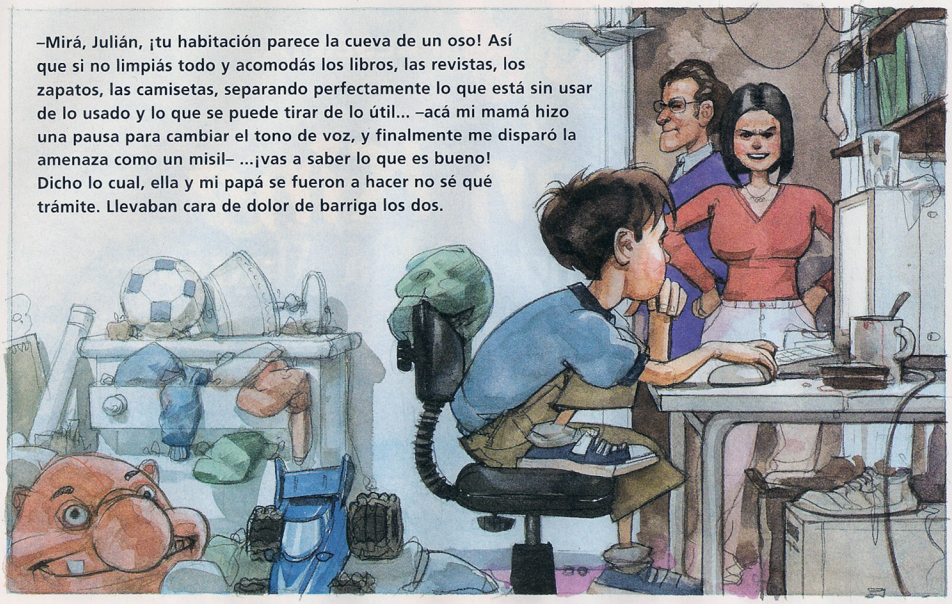
La segunda prueba de mi poder sale muy mal.

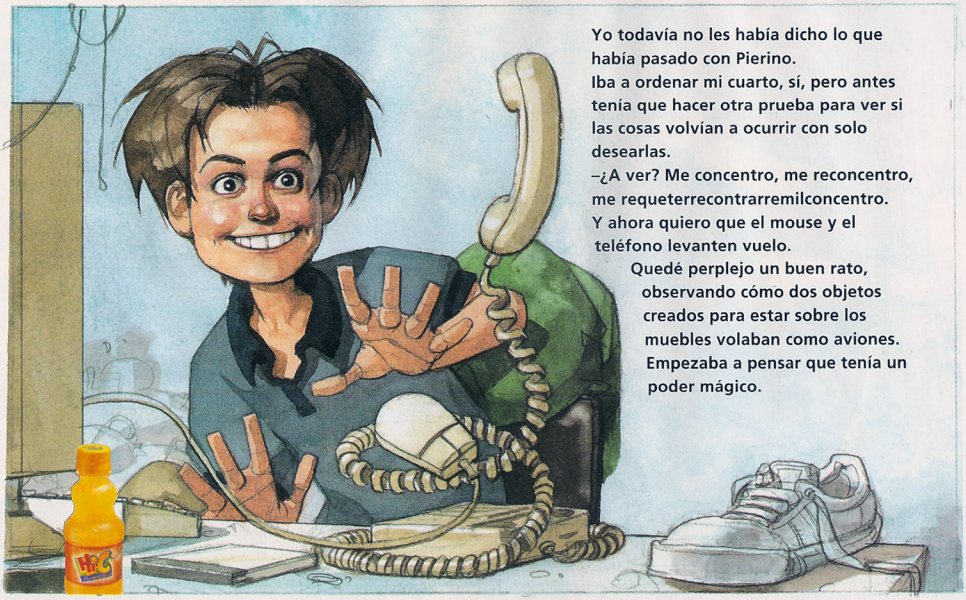


Julián, con solo imaginarlo, se encogió. ¿Qué significa esto? ¿Que nuestro héroe tiene un extraño poder mágico?

genios

–Mirá, Julián, ¡tu habitación parece la cueva de un oso! Así que si no limpiás todo y acomodás los libros, las revistas, los zapatos, las camisetas, separando perfectamente lo que está sin usar de lo usado y lo que se puede tirar de lo útil... –acá mi mamá hizo una pausa para cambiar el tono de voz, y finalmente me disparó la amenaza como un misil– ...¡vas a saber lo que es bueno! Dicho lo cual, ella y mi papá se fueron a hacer no sé qué trámite. Llevaban cara de dolor de barriga los dos.





Yo todavía no les había dicho lo que había pasado con Pierino.
Iba a ordenar mi cuarto, sí, pero antes tenía que hacer otra prueba para ver si las cosas volvían a ocurrir con solo desearlas.
–¿A ver? Me concentro, me reconcentro, me requeterrecontrarremilconcentro. Y ahora quiero que el mouse y el teléfono levanten vuelo.
Quedé perplejo un buen rato, observando cómo dos objetos creados para estar sobre los muebles volaban como aviones. Empezaba a pensar que tenía un poder mágico.

De pronto, tuve ganas de levitar un poco.
Y estaba ahí, flotando, cuando se me ocurrió la idea. Sin bajar al piso, nadé hasta el dormitorio de mis viejos y abrí el placard.
–Quiero que la ropa cobre vida y se ponga en fila india –dije con la voz más gruesa que pude.
Todas las prendas se desengancharon de las perchas, se hincharon como si adentro estuvieran mamá y papá, y salieron del placard.

Me sentí el comandante de un ejército de personas invisibles y consideré que era mejor bajar a tierra para parecer importante delante de mis nuevos soldados.
Ellos estaban quietos, firmes, aguardando una decisión; entonces, grité:
–¡Aaatención, regimiento! ¡La batalla es en mi habitación, maaar-chen!
Mis infantes, en perfecta formación, me siguieron sacando pecho.

Entré en mi habitación al frente de la tropa y exclamé:
–¡Vestidos, recojan la ropa sucia! ¡Trajes, doblen y guarden en los cajones las camisetas que no tengan olor! ¡Conjuntos sport, clasifiquen los CD´s y pónganlos en sus estantes! ¡Tapados, saquen el polvo de los muebles! ¡Equipos de jogging, ordenen los papeles!
En un par de minutos todo era orden, pulcritud, limpieza. Estaba empezando a abrir la boca para pedirles que volvieran al placard, cuando...

... cuando algo me apretó la boca impidiéndome articular palabra. Me di vuelta y alcancé a ver a la campera de motoquero que mi papá tiene desde que era adolescente y que no la tira porque le trae recuerdos de antiquísimas hazañas de universitario.
Era ella la que me tenía amordazado con sus mangas mientras el sobretodo azul me sujetaba un brazo, un conjunto de jean el otro y una bufanda se anudaba a mis piernas como una víbora.

Inmediatamente, un conjunto de pantalón gris y saco azul encontró las latas de pintura que papá había comprado para tapar la mancha de humedad que tenía la pared de la cocina, y se puso a pintar la biblioteca con libros y todo. Un vestido floreado colocó el tapón en la bañadera, abrió la canilla y el baño empezó a inundarse. El conjunto de bermuda y camiseta con estampado de Los Simpsons que usa mi viejo en casa, sacó a bailar a la malla que mamá se pone para ir a la pileta del club y que está medio desteñida.

Hicieron cosas peores, pero yo ya había cerrado los ojos para no ver el desastre.

La casa entera era un desastre. Menos mi cuarto, donde –tranquilamente– el calzoncillo largo que tiene camiseta incorporada y que papa usó para aquel baile de disfraz en lo de su amigo el Bebe, jugaba con mi compu.
Yo estaba por llorar de impotencia y susto por lo que me iba a pasar cuando mis viejos volvieran, cuando papá gritó:
–¡Basta! ¡Dejen todo como estaba y vuelvan ya mismo a su sitio!

Todas las prendas, temblando de miedo, se pusieron a trabajar. Limpiaron, enceraron y, claro, para que todo quedara como estaba, desordenaron el único lugar que lucía impecable: mi cuarto. Después, volvieron a su lugar y cerraron la puerta corrediza desde adentro. Todo estaba como al principio.
Mi papá y mi mamá me miraban muy serios. Estaban impresionados, pero no enojados. Fue papá el que me dijo:
–Ahora que sabés todo, tenemos que hablar con vos, Julián.

Fin del segundo episodio

genios

PRESENTA

Julián King

en el Mundo de la Magia

CAPÍTULO 3

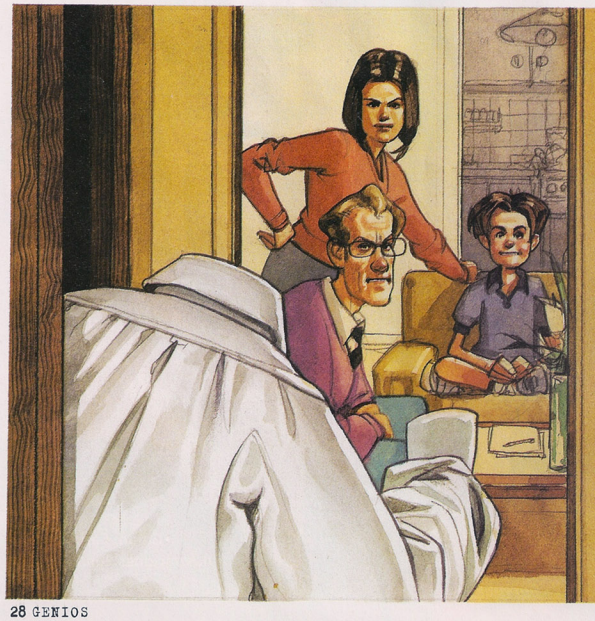
Ese monstruo me está mirando feo...

Primero, Julián redujo a Pierino al tamaño de una mosca. Después, hizo cobrar vida a la ropa del placard y la puso a limpiar la casa. Claro, ahí se armó lío y tuvieron que arreglarlo sus padres. Que ahora lo están mirando fijo y quieren decirle algo importantísimo.

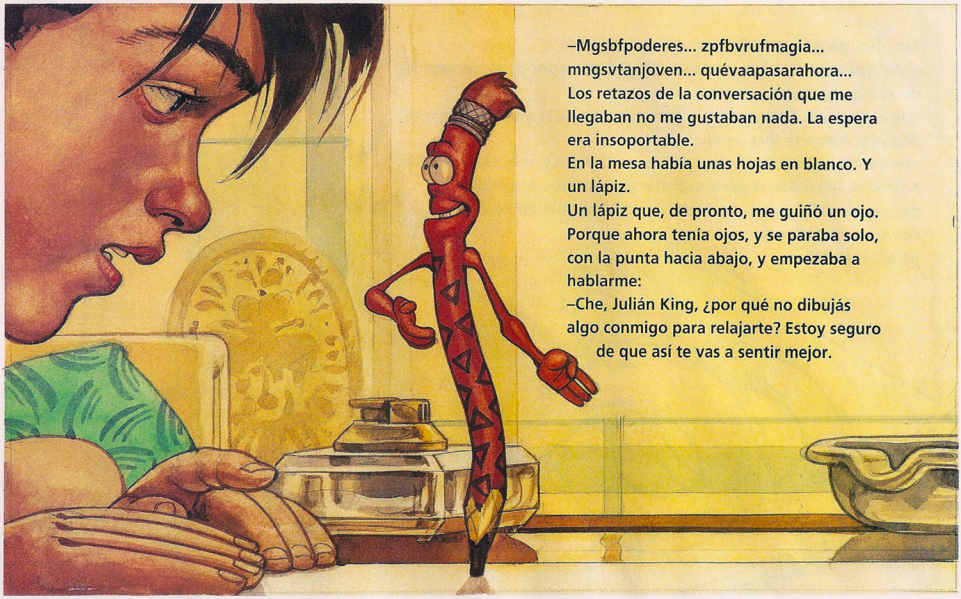
•Guión: Carlos Trillo

• Ilustraciones: Ignacio Noé

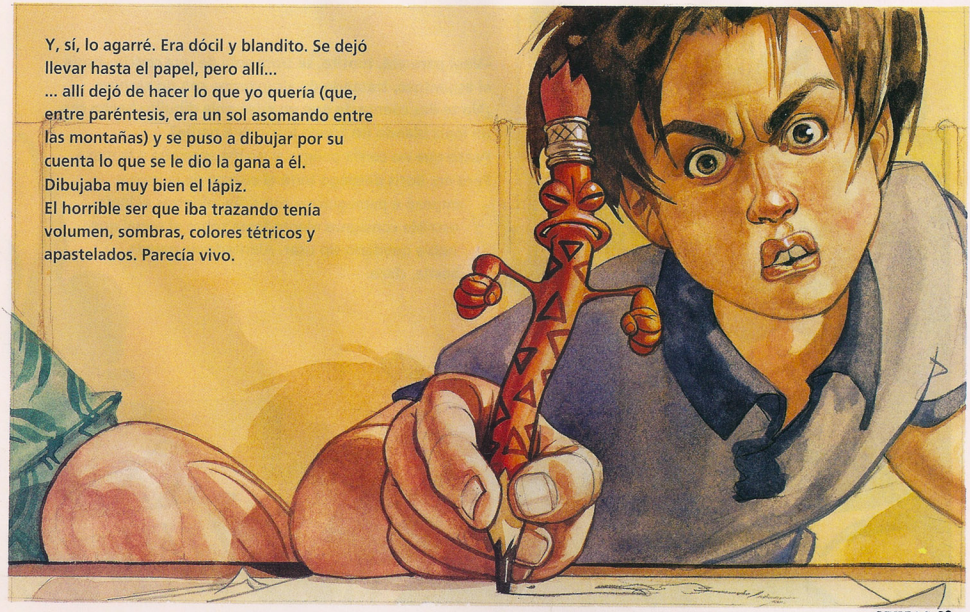
–Ahora que sabés todo, tenemos que hablar con vos, Julián –había dicho mi papá mientras mamá me miraba con cara de susto.
Pensé que iban a decirme que me iba a convertir en una cucaracha gigante o algo peor.
–Hmmmmm –dijo papá por fin, pero eso fue todo.
–Esteeeee... –empezó mamá y también se quedó muda.



De repente, se escuchó un ruido y todos dimos vuelta la cabeza hacia el dormitorio grande.
Por la puerta del placard de papá se asomó una blusa de mamá.
–Mire, señor King –le dijo a papá con mucho respeto–, por error me metí en su placard y tenía que colgarme en el de su esposa.
–Está bien. Mientras te acomodás, mi mujer y yo vamos a hablar un poco a solas. Esperá acá, Julián, porque todo esto es muy difícil de explicar –dijo antes de salir corriendo con mamá agarrada de la mano.
Me dejaron ahí solo, sentado, como un tonto.

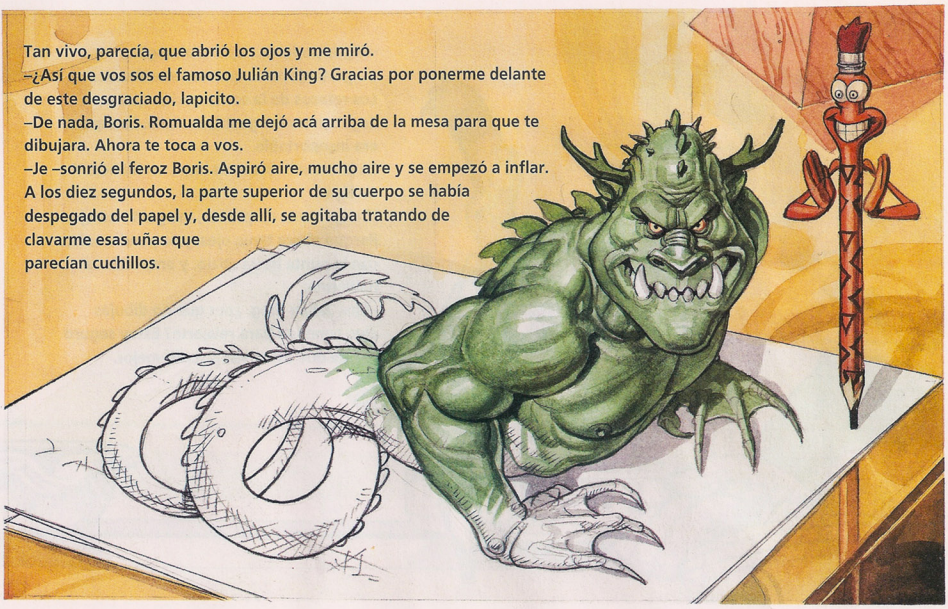


–Mgsbfpoderes... zpfbvrufmagia... mngsvtanjoven... quévaapasarahora...
Los retazos de la conversación que me llegaban no me gustaban nada. La espera era insoportable.
En la mesa había unas hojas en blanco. Y un lápiz.
Un lápiz que, de pronto, me guiñó un ojo. Porque ahora tenía ojos, y se paraba solo, con la punta hacia abajo, y empezaba a hablarme:
–Che, Julián King, ¿por qué no dibujás algo conmigo para relajarte? Estoy seguro de que así te vas a sentir mejor.

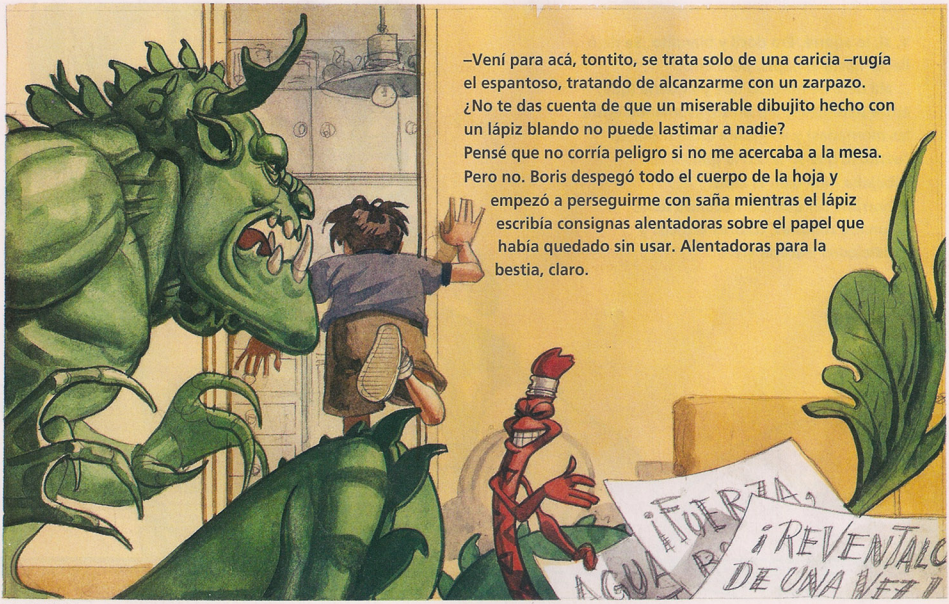


Y, sí, lo agarré. Era dócil y blandito. Se dejó llevar hasta el papel, pero allí...
... allí dejó de hacer lo que yo quería (que, entre paréntesis, era un sol asomando entre las montañas) y se puso a dibujar por su cuenta lo que se le dio la gana a él.
Dibujaba muy bien el lápiz.
El horrible ser que iba trazando tenía volumen, sombras, colores tétricos y apastelados. Parecía vivo.

Tan vivo, parecía, que abrió los ojos y me miró.
–¿Así que vos sos el famoso Julián King? Gracias por ponerme delante de este desgraciado, lapicito.
–De nada, Boris. Romualda me dejó acá arriba de la mesa para que te dibujara. Ahora te toca a vos.
–Je –sonrió el feroz Boris. Aspiró aire, mucho aire y se empezó a inflar. A los diez segundos, la parte superior de su cuerpo se había despegado del papel y, desde allí, se agitaba tratando de clavarme esas uñas que parecían cuchillos.



–Vení para acá, tontito, se trata solo de una caricia –rugía el espantoso, tratando de alcanzarme con un zarpazo. ¿No te das cuenta de que un miserable dibujito hecho con un lápiz blando no puede lastimar a nadie?
Pensé que no corría peligro si no me acercaba a la mesa. Pero no. Boris despegó todo el cuerpo de la hoja y empezó a perseguirme con saña mientras el lápiz escribía consignas alentadoras sobre el papel que había quedado sin usar. Alentadoras para la bestia, claro.



Boris se acercaba más y más. Tanto que, cuando empecé a sentir su aliento a pescado podrido en la nariz, quise gritar llamando a mis padres.
Pero no pude decir ni pío porque el conejito dulce y entrañable del cuadro de la pared de la cocina, ese que mamá usaba para inducirme a comer cuando era bebé, ¡me estaba tapando la boca!
Boris estaba a tres millonésimas de milímetro de mi cuerpo, y mientras levantaba la garra filosa, abría la boca llena de dientes. Era el fin...

–Borrate, estúpido –gritó una voz conocida.
–Y vos, lápiz, vení acá que te saco punta –chilló otra voz, también muy conocida en esta casa.
Eran papá y mamá otra vez, claro. Él hacía el gesto de borrar con una goma y Boris se esfumaba en el aire. Ella usaba un sacapuntas invisible y el lápiz fue largando viruta hasta que se consumió.
El conejito se volvió calladito al cuadro y ahí quedó durito.
Papá y mamá suspiraron, se miraron y dijeron:
–¡Te tenemos que explicar de una vez por todas qué es lo que está pasando! Escuchá bien...

Fin del tercer capítulo

genios

PRESENTA

Julián King

en el Mundo de la Magia

Una tarde, Julián empezó a intuir que tenía poderes mágicos. Esa intuición creció y se convirtió en certeza cuando dibujó un monstruo que se lo quiso comer. Ahora, sus padres tratan de explicarle qué es eso que le pasa.

CAPÍTULO 4

El alarido de Romualda

• Guión: Carlos Trillo
• Ilustraciones: Ignacio Noé

–Mirá, Julián, el asunto es que tenés poderes mágicos y eso es grave –dijo mamá.
–Gravísimo –remató papá, e hicieron silencio.
–Cof, cof –tosí fuerte, para recordarles que esperaba más información.
Mamá me miró.
–¿No te estarás resfriando, vos? ¿Querés que te tome la temperatura? –me preguntó con repentina preocupación. Pero así son las madres y uno debe soportarlas porque, parece ser, de este tipo de salidas a destiempo se nutre el raro amor que ellas nos tienen.

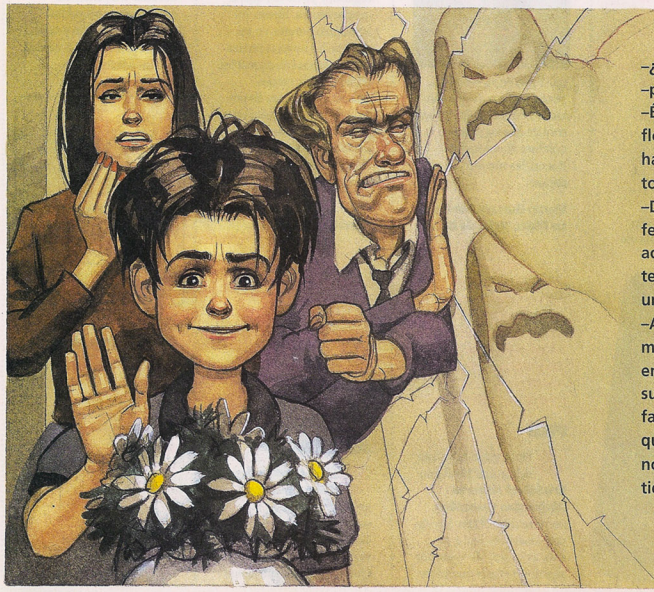
–Vamos a tener que hablarle de Romualda, Fatalidad... –dijo papá.
–Tenés razón, Lucrecio –contestó ella. Ahora lo saben: el nombre de mi madre es Fatalidad, y el de mi padre, Lucrecio.
–Romualda es la reina de la oscuridad y en esta época de enorme poder de las tinieblas, Romualda es la...
No llegué a escuchar qué cosa era esa tal Romualda porque una tormenta con rayos, truenos, viento huracanado, negrura de medianoche y lluvia torrencial estalló en ese momento en medio del living de casa.

–¡Pará, Romualda, por lo menos dejame ponerlo al tanto! –aulló mi papá con furia, haciendo cesar la tormenta.
El living volvió a la normalidad; eso sí, todo patas para arriba, como para demostrar que el estallido de un minuto atrás no había estado solamente en mi imaginación.
–Ya pasó, Julián, calma. Mientras tu madre te termina de explicar, yo voy a armar, con mi mente, una pared imaginaria para que Romualda no pueda mandar espías a escuchar lo que no deben.

Mientras papá sujetaba con esfuerzo una pared invisible, mamá me dijo:
–Mirá, Julián, imaginate al monstruo más feo que puedas. Yo hice un esfuerzo y se me apareció Godzila destruyendo la ciudad de Tokio.
–No, eso es un angelito comparado con Romualda cuando se pone de mal humor, porque, por ejemplo, se le quemó una tortilla de papas. Si te sentís preparado, te la voy a hacer ver.
–Dale –le contesté sin saber la que se me venía encima.

Lo peor del monstruo que mi mamá me estaba haciendo ver con el poder de su mente, es que no era un monstruo: era un ser humano inconcebiblemente feroz, espantoso, tremebundo y repugnante.
–¡Basta, mami, te pido por favor! –atiné a suplicar después de un rato.
Ella se tocó un cachete y apagó la imagen como si tuviera un control remoto en la cara.
–Abrigábamos, con tu padre, la esperanza de que los poderes no te aparecieran nunca, que fueras un chico normal, incluso un poco tonto. Pero no. Sonaste, Julián.
–¿Cómo que soné? ¿Qué me querés decir?

–La cosa es así: Romualda es la Gran Jefa de la Oscuridad y la peor enemiga de los Seres Diurnos. Tu papá y yo somos Seres Diurnos y, para más datos, la última pareja de seres diurnos puros. El archirrecontrasabio Callicantzaroi Laforest, un viejo gnomo verde al que Romualda llama Tito y del que sólo queda un cráneo pelado, aconseja a Romualda y le provee información valiosísima. Él fue quien le dijo que si un hijo nuestro desarrolla poderes, hay que convertirlo en un florero, como a don Roque, para que no embrome más.



–¿Don Roque? ¿Quién es don Roque? –pregunté.

–Él –contestó mi madre señalando un florero que hay en el living y que se había salvado de romperse durante la tormenta de hacía un rato.

–Don Roque era socio de mi papá en la ferretería –aclaró, mientras yo me acercaba lentamente al florero que no tenía nada raro y parecía simplemente un florero.

–Apurate a contarle todo, Faty, que se me están cansando los brazos –gimió entonces papá, que transpiraba sujetando la pared invisible–. Los fantasmas aliados de Romualda quieren oír lo que estamos hablando y no creo que pueda contenerlos mucho tiempo más.

Fin del cuarto capítulo

genios

cumple

Christina Aguilera

Si la rubia pop hubiese visto los retratos que le hicieron los lectores de **Genios**, ¡se la pasaría dando saltos de alegría! Llegaron miles de dibujos: ¡imagínense lo que nos costó elegir a los **50 ganadores**! Pero aquí están, y se han ganado un exclusivo CD de **"Genio Atrapado"**, del sello **BMG**. ¡Felicitaciones para todos los artistas, figuren o no en esta lista!

Los ganadores

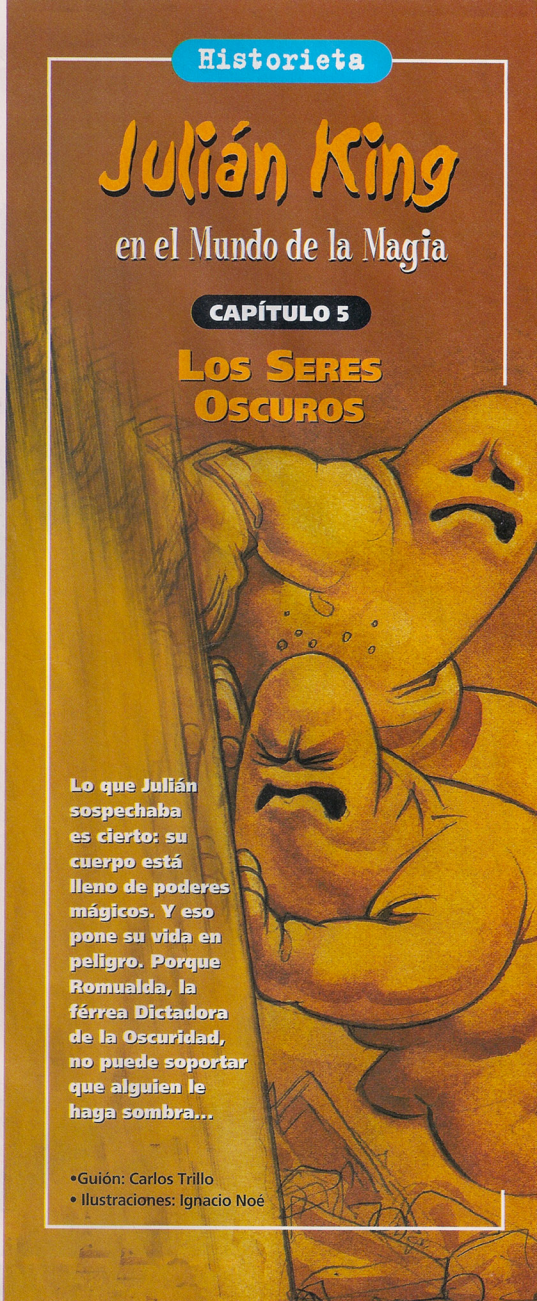
● **Guillermo Erijimovich**, 12 años, Santa Fe. ● **Ivana Gazaba**, 12 años, Cap. Fed. ● **Nicolás Fetter**, 14 años, Córdoba. ● **Marcela San Andrés**, 11 años, Bs. As. ● **Julián Alejandro Cabral**, 10 años, Santa Cruz. ● **Agustina Di Girolano**, 10 años, Cap. Fed. ● **René José Rodríguez**, 11 años, Santiago del Estero. ● **Sofía Inés Bogace**, 9 años, Cap. Fed. ● **Cristián Fabián Franco**, 10 años, Salta. ● **María Belén Caparrós**, 10 años, Bs. As. ● **Francisco Emanuel Vallejos**, 11 años, Corrientes. ● **Tatiana Caballero**, 11 años, Bs. As. ● **Gustavo Ribeiro**, 16 años, Misiones. ● **Jazmín Rodríguez**, 13 años, Bs. As. ● **Celeste Natalí Guaglianone**, 10 años, Bs. As. ● **Carlos Espósito**, 11 años, Santiago del Estero. ● **Ana Antonela Grillo**, 10 años, Bs. As. ● **Leandro José Acosta**, 10 años, Santa Fe. ● **María Florencia Ortega**, 11 años, Bs. As. ● **Julio Ricardo Kasaeff**, 13 años, Tucumán. ● **Marianela Torre**, 15 años, Bs. As. ● **Ignacio Masello**, 8 años, Santa Fe. ● **Agustina Posada**, 9 años, Mendoza. ● **Dina Giselle Gómez**, 11 años, Bs. As. ● **José Alfredo Acciarri**, 12 años, Tucumán. ● **Nadia Saade**, 12 años, Formosa. ● **Carolina Grané**, 11 años, Entre Ríos. ● **Marcos Norea**, 10 años, Bs. As. ● **Tamara Romano**, 12 años, Corrientes. ● **Gonzalo Nicolás Peralta**, 9 años, Bs. As. ● **Lourdes Uslenghi**, 11 años, Tucumán. ● **Bruno Di Maio**, 12 años, Bs. As. ● **Lucila Piazza**, 12 años, Salta. ● **Andrea Schiavi**, 7 años, San Juan. ● **Pablo Sanguineri**, 14 años, Bs. As. ● **María Gabriela Valdez Paolasini**, 9 años, Chubut. ● **Lucas Omar Lafranconi**, 14 años, Bs. As. ● **Leticia y Ángeles Fontana**, 6 y 11 años, La Pampa. ● **Nicolás Guerrero Suárez**, 12 años, Cap. Fed. ● **Ethel Belén Sagua**, 14 años, San Juan. ● **Martín Barrio**, 11 años, Bs. As. ● **Estefany Williams**, 11 años, Santa Cruz. ● **Alejandro Pereira**, 14 años, Cap. Fed. ● **Martina Gamba**, 12 años, Santiago del Estero. ● **Matías Dell´Acqua**, 10 años, Bs. As. ● **Marcela Estefanía Olaz**, 12 años, Catamarca. ● **Nicolás Martínez**, 12 años, Bs. As. ● **Graciela del Milagro Romano**, 13 años, Santa Cruz. ● **César Boronat**, 12 años, Cap. Fed. ● **Natalia Sinde**, 13 años, San Luis.

Historieta

Julián King en el Mundo de la Magia

CAPÍTULO 5

Los Seres Oscuros

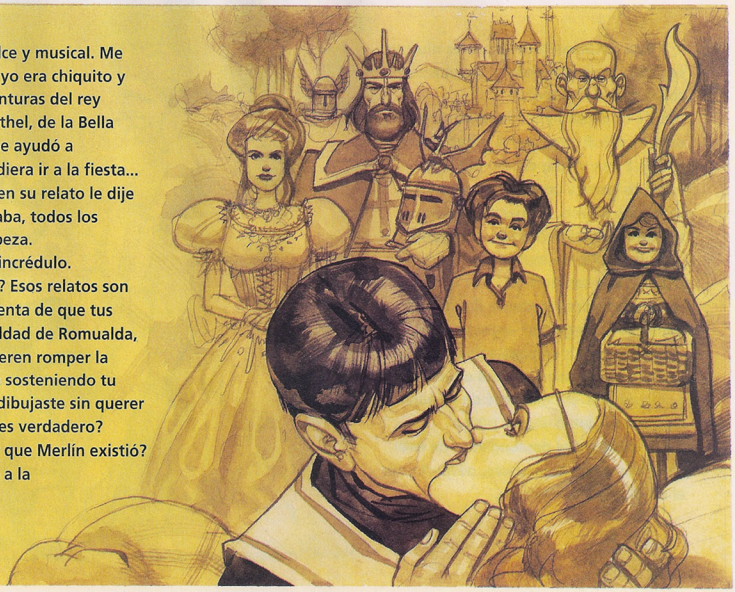


Lo que Julián sospechaba es cierto: su cuerpo está lleno de poderes mágicos. Y eso pone su vida en peligro. Porque Romualda, la férrea Dictadora de la Oscuridad, no puede soportar que alguien le haga sombra...

•Guión: Carlos Trillo
• Ilustraciones: Ignacio Noé

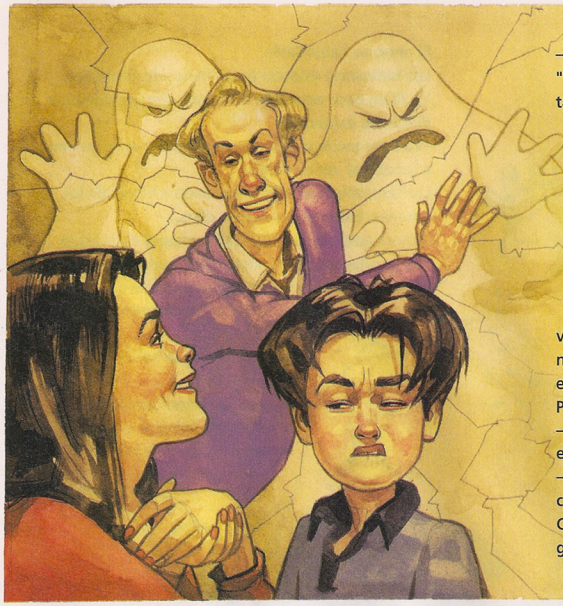
–Hubo un tiempo en el cual los seres diurnos teníamos todo el poder sobre el mundo fantástico. Los mortales comunes se enamoraban de nuestras mujeres y nuestros hombres se casaban con las chicas normales.
Mamá suspiró, volvió a aspirar aire con fuerza y siguió hablando:
–La cruza de seres diurnos con humanos a secas, dio lugar a una subespecie que, al ser solamente medio diurna, tuvo la mitad de los poderes mágicos. Durante siglos, esos poderes mantuvieron a raya a los seres tenebrosos pero, al ir mermando nuestras fuerzas por la constante mezcla con humanos, tener a brujas y monstruos a raya fue para nosotros cada vez más difícil.

La voz de mamá era dulce y musical. Me hacía acordar a cuando yo era chiquito y ella me contaba las aventuras del rey Arturo, de Hansel y Grethel, de la Bella Durmiente, del hada que ayudó a Cenicienta para que pudiera ir a la fiesta...
En una pausa que hizo en su relato le dije que, mientras ella hablaba, todos los cuentos venían a mi cabeza.
Ella me miró con gesto incrédulo.
–¿Cómo cuentos, Julián? Esos relatos son ciertos. ¿O no te das cuenta de que tus poderes mágicos, la maldad de Romualda, esos fantasmas que quieren romper la pared invisible que está sosteniendo tu papá, el monstruo que dibujaste sin querer en el papel, todo, todo es verdadero?
–Pero, ¿eso quiere decir que Merlín existió? ¿Y el lobo que se comió a la abuelita de Caperucita, también?



–Sí. Sus hazañas no figuran en los libros de historia, porque los seres diurnos somos espíritus románticos y preferimos que nuestro pasado se mantenga en el mundo de lo maravilloso, que es tanto más poético...
Hizo otra pausa, más larga esta vez. Pero reparó en papá, que seguía esforzándose en no dejar escuchar nuestra conversación a los fantasmas enviados por Romualda, y siguió hablando.
–¿Vas entendiendo? Los oscuros estaban condenados a caer derrotados al final. Y eso se debía a que los diurnos éramos más fuertes e inteligentes. Porque no vas a comparar a un hada etérea con un ogro peludo. Siempre gana el hada, ¿no?
–Claro –dije yo con total seguridad.
–Bueno, no. Eso era antes –murmuró mamá.

–¿Y esta decadencia de los seres diurnos se debió a que empezaron a cruzarse con humanos normales?
–Sí. De un diurno y un humano nace un niño medio diurno, con la mitad de su poder. Y ese medio diurno con otro humano genera un niño que es un cuarto de diurno. A nuestra especie siempre le fascinó cruzarse con gente común. Es que los muchachos sin poderes son tan tiernos...
–¡... y a las chicas comunes dan tantas ganas de protegerlas! –agregó papá.
–Pero yo, para ir en contra de la corriente, y siendo la última diurna pura que quedaba, me enamoré de tu papá. Que era el último diurno puro.
Y acá estoy yo, el descendiente de esta pareja única en el universo, despertando el odio de los tenebrosos.



–Mirá que mis amigas me advirtieron, ¿eh? "¡Fatalidad, no te casés con ese, habiendo tantos candidatos que no son capaces de convertir un sapo en una caléndula!". Lo decían por mi bien, ya que por entonces Romualda se había adueñado del mundo fantástico y lo manejaba con mano de hierro –siguió hablando mamá.

–Lo mismo me decían mis amigos a mí. "Apartate de Faty, los diurnos hemos perdido todo el poder que una vez tuvimos, y si ella y vos llegan a tener un hijo va a ser el último diurno puro y no la va a pasar nada bien". Ellos sabían que, para Romualda, tu existencia iba a resultar insoportable, Juliancito. Pero Faty y yo estábamos enamorados.

–Y seguimos estando, Lucry, ¿o no? –se enfurruñó mi madre.

–Sí, mi budincito de pétalos de fresia, cuchi cuchi, mi pompón de algodón.

Cuando mis viejos se ponen cariñosos dicen gansadas como esas, ¡qué vamos a hacer!

–¿Hay forma de defenderse de Romualda, ma?

Al escuchar mi pregunta, ella se estremeció.

–No lo sé. Tu padre y yo, en nuestro intento por pasar desapercibidos a los ojos de los tenebrosos, perdimos casi todos los poderes.

–Fijate, por ejemplo, qué estos fantasmitas de morondanga están por tirar la pared invisible porque no soy capaz de empujarla con la potencia necesaria –se lamentó papá.

–Por ahí tendrías que dejarme empujar un poco a mí –dije sin convicción.

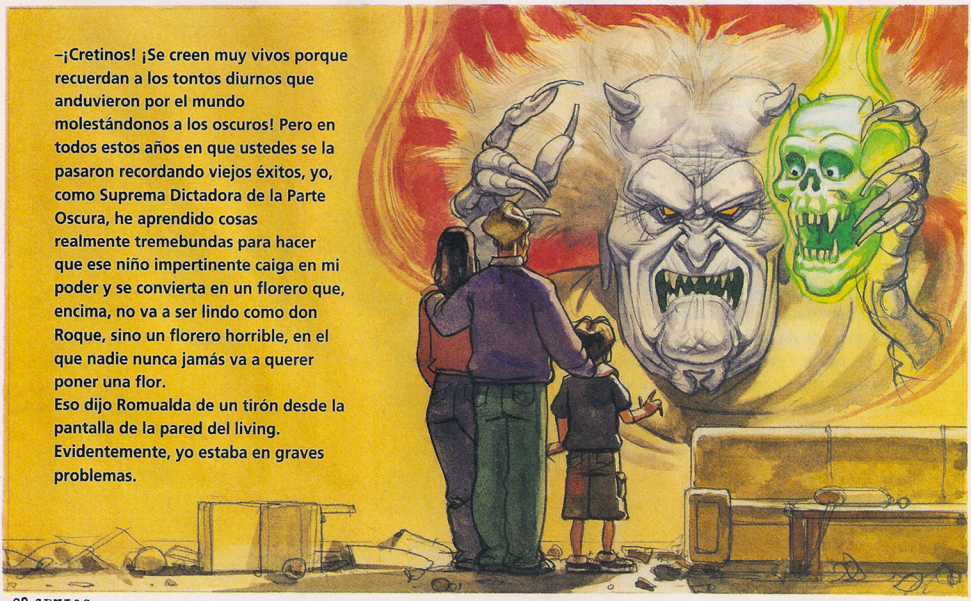
–Sí, dale, que me estoy quedando sin aire.

Me acerqué a ese muro que no podía ver. Extendí las manos buscando un punto de apoyo y encontré una especie de resistencia magnética.

Empujé también yo con toda la fuerza de que era capaz.

Patapán.

El muro se había caído.
Los fantasmas estaban todos llenos de chichones.
Yo di un paso adelante, los miré y dije exactamente dieciocho palabras.
–Va a ser mejor que se vayan ya mismo o se las van a tener que ver conmigo.
Los fantasmas salieron disparando a través de las paredes, empujándose entre ellos.
–Ahora advierto por qué Callicantzaroi Laforest, o sea, la calavera del gnomo verde, aconsejó a Romualda que te convirtiera en un florero.
–¡Vos sos realmente un poderosísimo diurno, Juliancito!
Mis padres podrían haber seguido asombrados un par de horas, pero en ese momento una de las paredes del living se encendió como un megatelevisor.



–¡Cretinos! ¡Se creen muy vivos porque recuerdan a los tontos diurnos que anduvieron por el mundo molestándonos a los oscuros! Pero en todos estos años en que ustedes se la pasaron recordando viejos éxitos, yo, como Suprema Dictadora de la Parte Oscura, he aprendido cosas realmente tremebundas para hacer que ese niño impertinente caiga en mi poder y se convierta en un florero que, encima, no va a ser lindo como don Roque, sino un florero horrible, en el que nadie nunca jamás va a querer poner una flor.
Eso dijo Romualda de un tirón desde la pantalla de la pared del living.
Evidentemente, yo estaba en graves problemas.

Fin del episodio

Participá y ganá

¡Confesanos tu secreto!

¿Tenés un secreto y no aguantás las ganas de contarlo? ¿Llegó el momento de hacerlo público? ¡Muy bien! Escribilo en dos o tres líneas, da la cara (sacate una foto) y enviá todo a: **Revista Genios**, **Mi Secreto**, **Tacuarí 1842**, **C 1139 AAN**, **Capital Federal**. Los autores cuyas cartas salgan publicadas se ganarán un maravilloso producto de **Z Multimedia**. ¡Estamos ansiosos por conocer tu secreto!

HOY CONFIESA:

Lisandro Maurino, 13 años

"Con mis amigos sólo escuchamos rock más bien pesado, tipo Los Piojos y Divididos. Pero cuando mi hermana escucha a las Spice Girls... ¡yo también me copo! Sobre todo, con Baby Spice. ¡Cuando se enteren mis amigos, me van a volver loco con las cargadas!"

Historieta

Julián King

en el Mundo de la Magia

CAPÍTULO 6

INVITACIÓN AL DUELO

Los seres diurnos han perdido el poder. Ahora mandan los monstruos tenebrosos cuya jefa, Romualda, tiene como asesora a una calavera. Julián, último diurno puro, es acosado por la imagen de la espantosa bruja...

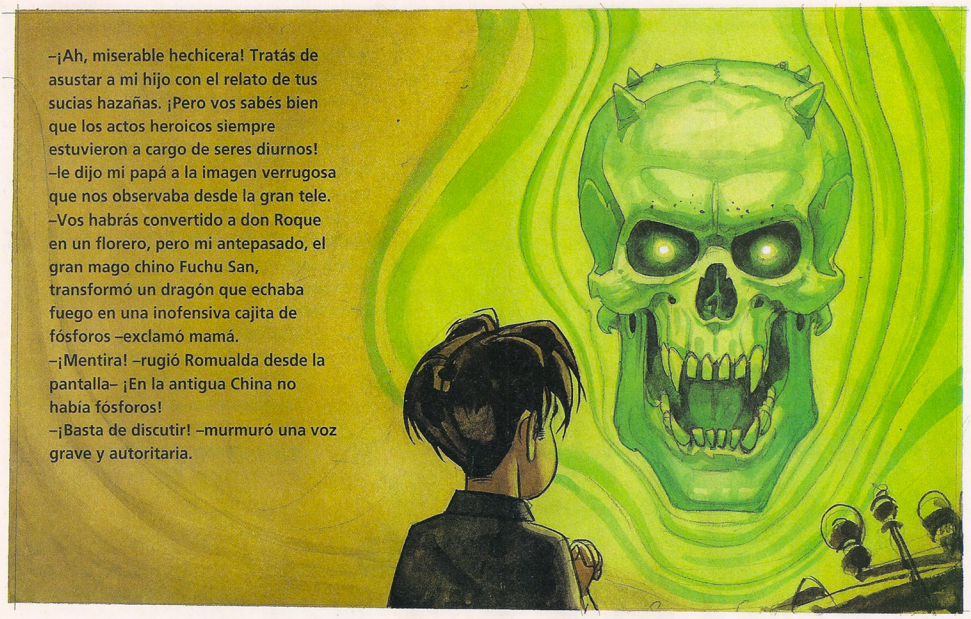
- Guión: Carlos Trillo
- Ilustraciones: Ignacio Noé

–¡Ah, miserable hechicera! Tratás de asustar a mi hijo con el relato de tus sucias hazañas. ¡Pero vos sabés bien que los actos heroicos siempre estuvieron a cargo de seres diurnos! –le dijo mi papá a la imagen verrugosa que nos observaba desde la gran tele.

–Vos habrás convertido a don Roque en un florero, pero mi antepasado, el gran mago chino Fuchu San, transformó un dragón que echaba fuego en una inofensiva cajita de fósforos –exclamó mamá.

–¡Mentira! –rugió Romualda desde la pantalla– ¡En la antigua China no había fósforos!

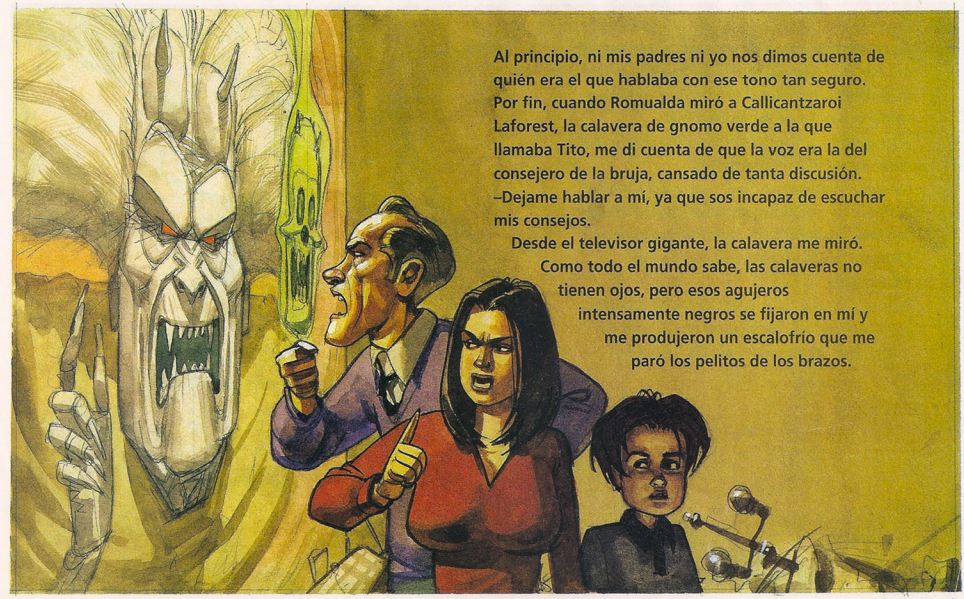
–¡Basta de discutir! –murmuró una voz grave y autoritaria.

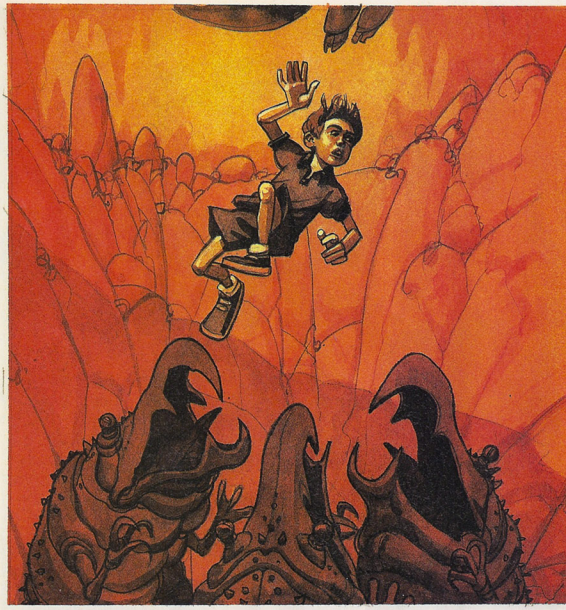


Al principio, ni mis padres ni yo nos dimos cuenta de quién era el que hablaba con ese tono tan seguro. Por fin, cuando Romualda miró a Callicantzaroi Laforest, la calavera de gnomo verde a la que llamaba Tito, me di cuenta de que la voz era la del consejero de la bruja, cansado de tanta discusión.

–Dejame hablar a mí, ya que sos incapaz de escuchar mis consejos.

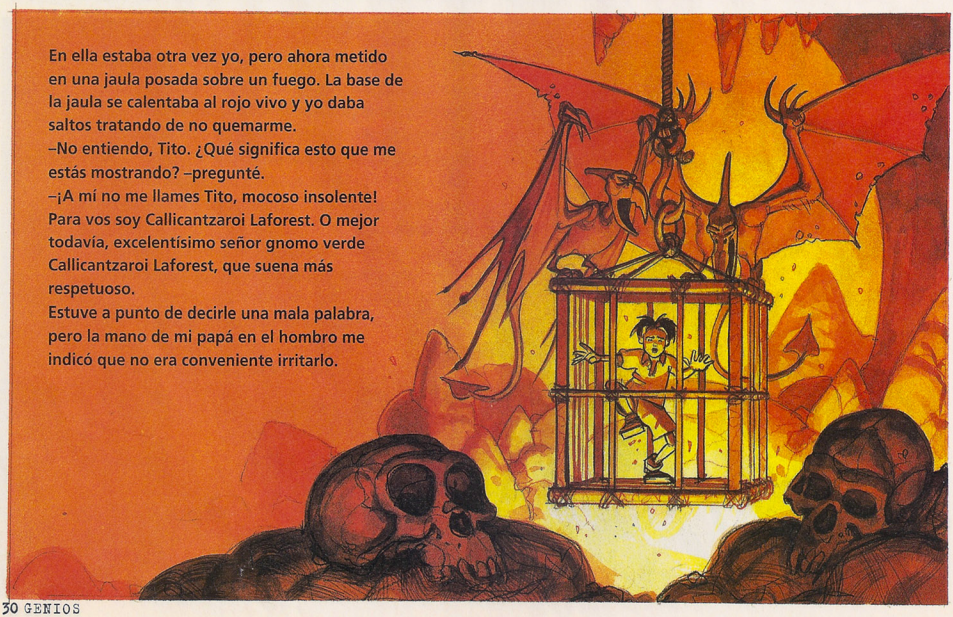
Desde el televisor gigante, la calavera me miró. Como todo el mundo sabe, las calaveras no tienen ojos, pero esos agujeros intensamente negros se fijaron en mí y me produjeron un escalofrío que me paró los pelitos de los brazos.





–Mirá, pibe, si te fijás bien en el fondo de mis cuencas oculares, vas a ver lo que te puede pasar si se te ocurre decirme que sí a lo que te voy a proponer.
–¿A ver? –dije mirando esos precipicios sin fondo.
La verdad, lo que vi no me gustó ni medio. Ahí estaba yo, empujado por una mano gigantesca, peluda y sucia, a punto de caer en un pozo lleno de horribles alimañas que me esperaban con las fauces abiertas para almorzarme.
Los ojos inexistentes del consejero de Romualda hicieron un clic, como si cambiaran de diapositiva.
Y empezó a formarse una nueva imagen, todavía más horrible que la que acababa de mostrarme.

En ella estaba otra vez yo, pero ahora metido en una jaula posada sobre un fuego. La base de la jaula se calentaba al rojo vivo y yo daba saltos tratando de no quemarme.
–No entiendo, Tito. ¿Qué significa esto que me estás mostrando? –pregunté.
–¡A mí no me llames Tito, mocoso insolente! Para vos soy Callicantzaroi Laforest. O mejor todavía, excelentísimo señor gnomo verde Callicantzaroi Laforest, que suena más respetuoso.
Estuve a punto de decirle una mala palabra, pero la mano de mi papá en el hombro me indicó que no era conveniente irritarlo.

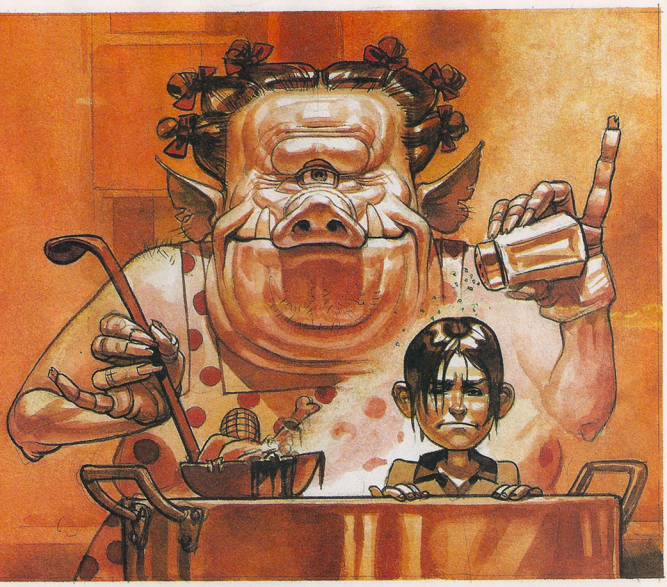


–Está bien –murmuré con resignación–. ¿Qué es esto que me está usted mostrando, su excelentísima majestad?
La calavera miró sonriente a Romualda:
–¿Viste con qué respeto me trató? ¿A que a vos no te dice algo tan educado?
–¿Ah, no? –se enojó. Y me ordenó:
–Nenito, decime Benemérita y Nunca Bastante Elogiada Reina de la Oscuridad.
Al oído, mi papá me sopló:
–No le hagas caso. Un diurno no reverencia a una bruja.
Entonces exclamé:
–Mirá, bruja, a vos no pienso ni siquiera tratarte de usted porque tu grandeza no me llega ni a los talones.
El aullido que emitió Romualda nos dejó a todos sordos.

A pesar del alarido de Romualda, traté de seguir hablando con Tito.
–Dígame, su excelso gnomo verde, todavía no me respondió qué significan esas estampas tan poco agraciadas de las que soy el protagonista.
–Ah, cierto –la voz de Laforest se alzó por encima de la sirena que emitía la garganta de Romualda–. Te decía que si aceptás lo que te voy a proponer, te pueden pasar algunas de esas cosas.
–Oh, excelso y respetabilísimo señor gnomo verde, escucharé con devoción la propuesta que emitirá su bella boca.
–Antes de hacerte escuchar mi invitación, quiero que observes una última escena que te involucra, niño. Ahí va.

En mi vida había visto seres tan horribles como los que me paseaban con una correa. Evidentemente, Tito quería que yo respondiese que no a lo que fuera. ¡Claro que iba a decir que no!
Tito sonrió:
–Escuchá bien, nene, en nombre de Romualda te propongo que te batas a duelo con ella.
Había abierto la boca para responder que "no, gracias", que yo estaba en contra de la violencia, cuando alguien a mis espaldas dijo que sí.

No solo dijo que sí en mi nombre, sino que empezó a gritar:
–¡Mi hijo es un diurno, calavera rasposa! ¡Y jamás va a retroceder ante una bruja deshilachada!
Mi madre, enojada, es capaz de decir cualquier cosa. Después, se arrepiente y se disculpa. Que fue lo que pasó:
–Eh... je, je. Quise decir que no, que mi Juliancito no va a aceptar de ninguna manera pelearse con Romualda.
–Las leyes de la Oscuridad dicen que lo primero que se contesta, vale –recitó Tito.
Las escenas que había visto me empezaron a dar vueltas en la cabeza. Pensé que me iba a desmayar ahí mismo.



Fin del 6to. capítulo

Participá y ganá

¡Confesanos tu secreto!

Si siempre te gustó dar la cara, ¡ahora te va a gustar más que nunca! ¡Porque en esta sección podés hacer público el mejor guardado de tus secretos! Mandanos una foto tuya y una carta a: **Revista Genios**, **Mi Secreto**, **Tacuarí 1842**, **C 1139 AAN**, **Capital Federal**. Si tu carta sale publicada, te ganás un maravilloso producto de **Z Multimedia**. ¡Dale! ¡Queremos enterarnos de todo, ya!

HOY CONFIESA:

Ayelén Landino, 15 años

"Mi amiga más compinche fue siempre Guadalupe. Pero en la secundaria, nos tocaron divisiones separadas y ella fue teniendo más amigas. No es que yo esté celosa... ¡pero tengo un poco de miedo de que dejemos de ser «mejores amigas»!"

Historieta

Julián King

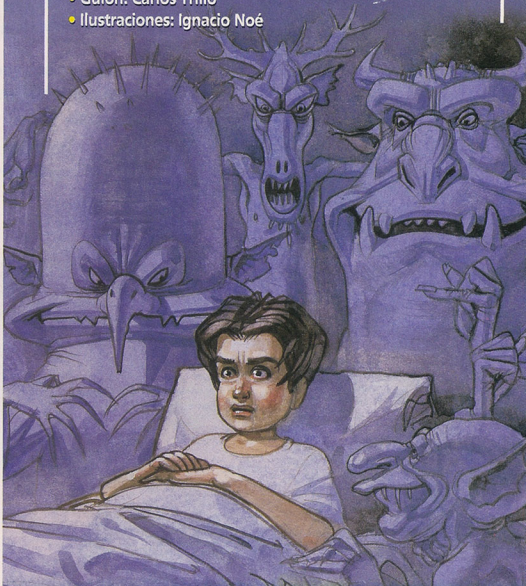
en el Mundo de la Magia

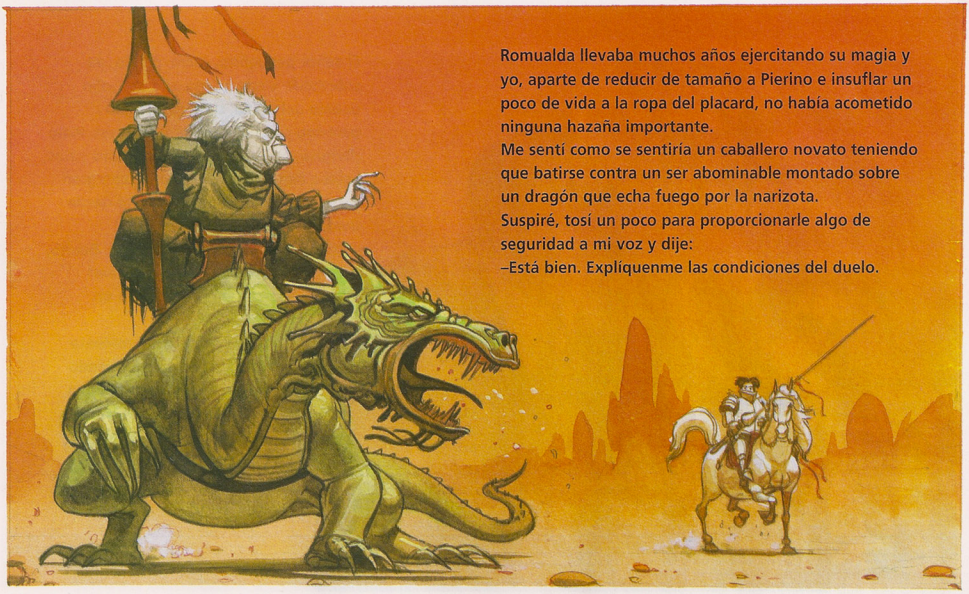
CAPÍTULO 7

MAÑANA EN EL CEMENTERIO

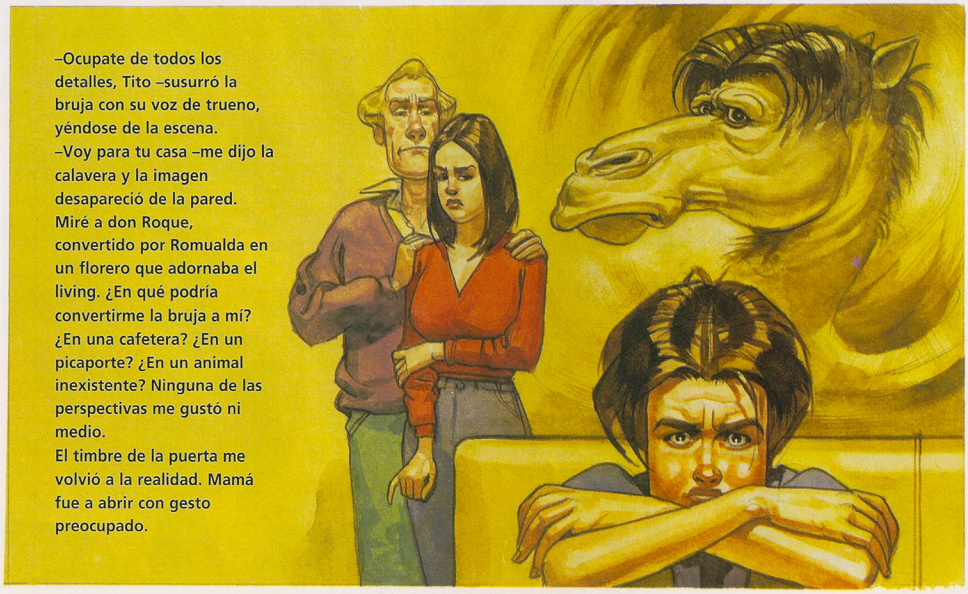
Los seres diurnos son descendientes de las hadas buenas y los príncipes encantados. Los seres de las tinieblas provienen de brujas, ogros y otros monstruos. Los diurnos han perdido todo poder sobre el mundo mágico. Y ahora lo gobierna la espantosa bruja Romualda, que quiere retar a duelo al pobre Julián...

- Guión: Carlos Trillo
- Ilustraciones: Ignacio Noé

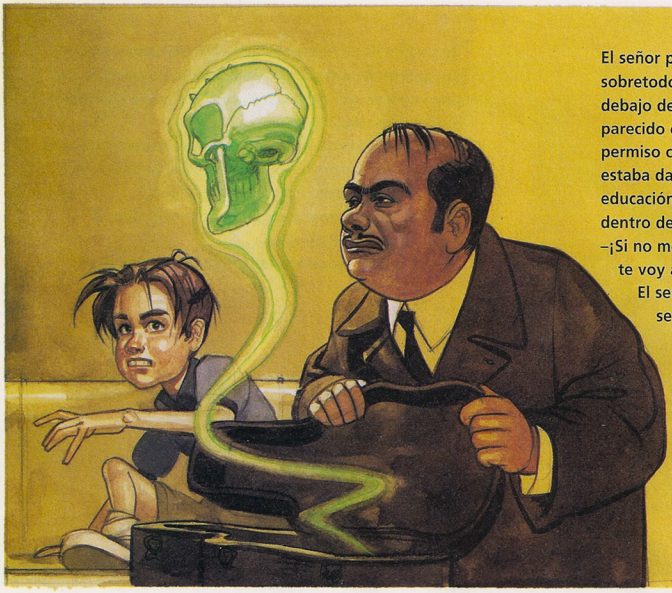




Romualda llevaba muchos años ejercitando su magia y yo, aparte de reducir de tamaño a Pierino e insuflar un poco de vida a la ropa del placard, no había acometido ninguna hazaña importante.
Me sentí como se sentiría un caballero novato teniendo que batirse contra un ser abominable montado sobre un dragón que echa fuego por la narizota.
Suspiré, tosí un poco para proporcionarle algo de seguridad a mi voz y dije:
–Está bien. Expliquenme las condiciones del duelo.



–Ocupate de todos los detalles, Tito –susurró la bruja con su voz de trueno, yéndose de la escena.
–Voy para tu casa –me dijo la calavera y la imagen desapareció de la pared.
Miré a don Roque, convertido por Romualda en un florero que adornaba el living. ¿En qué podría convertirme la bruja a mí? ¿En una cafetera? ¿En un picaporte? ¿En un animal inexistente? Ninguna de las perspectivas me gustó ni medio.
El timbre de la puerta me volvió a la realidad. Mamá fue a abrir con gesto preocupado.



El señor pequeñito, calvo, pálido, de sobretodo y con un estuche de violín debajo del brazo, no tenía ningún parecido con Callicantzaroi Laforest. Pidió permiso con gran amabilidad, entró y nos estaba dando la mano a todos con gran educación, cuando una voz gritó desde dentro del estuche de violín:

–¡Si no me sacás de acá ya mismo, Benito, te voy a convertir en un perchero!

El señor abrió el estuche en un segundo.

Y allí estaba el fosforescente resto de gnomo mostrando sus dientes y empezando a elevarse lentamente en el aire, pidiendo que nos dejaran solos a él y a mí.

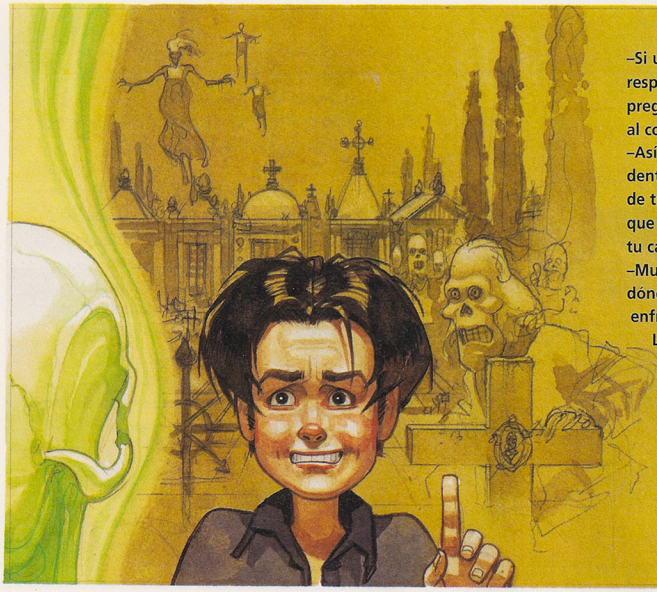
Una vez que papá, mamá y el señor pelado se hubieron ido, la calavera del gnomo verde empezó a hablar de las condiciones del duelo que se aproximaba.

–No podrá haber empate. Y el triunfador será la indiscutida autoridad máxima del mundo mágico. Eso dice el artículo 123 del Código de Mando Unificado de lo Diurno y lo Nocturno.

–¿Y quién escribió ese código? –quise saber.

–Romualda, por supuesto –fue la respuesta.

O sea que las reglas las imponía ella misma, lo que me hizo pensar que en este enfrentamiento alguien llevaba las de perder: yo.



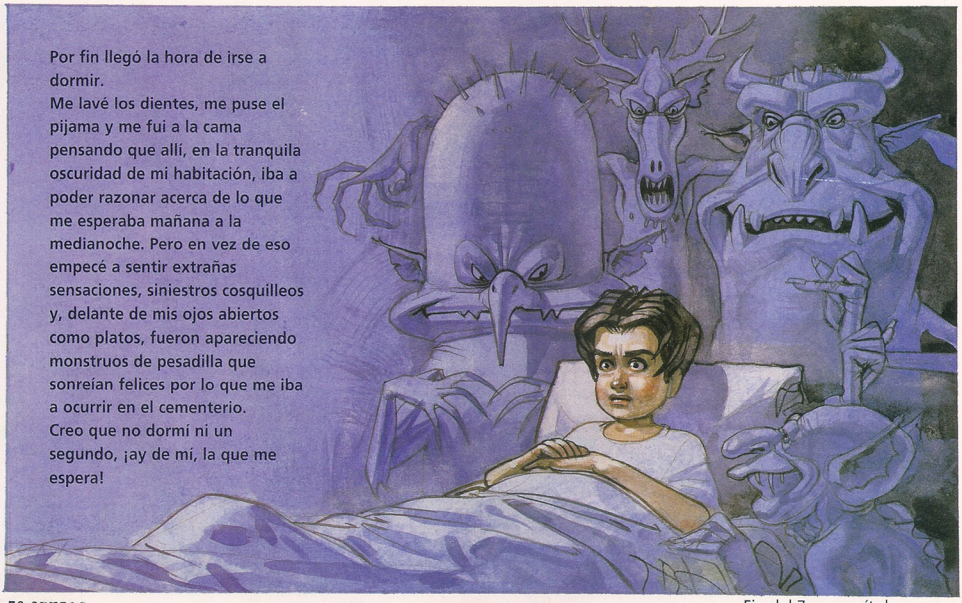
–Si usted me permite, con todo respeto, le voy a formular algunas preguntas. ¿Cómo hay que ir vestido al combate? –interrogué a la calavera.
–Así como estás ahora se te ve bien, dentro de la monstruosa normalidad de tu aspecto general. Tené en cuenta que todas tus armas están dentro de tu cabeza.
–Muy bien, solo falta que me diga dónde y cuándo se realizará el enfrentamiento.

Lo que me contestó me hizo sentir un poco de frío:

–Mañana, a medianoche, en el cementerio.

Tito silbó con fuerza. El señor peladito entró presuroso, agarró la calavera, la guardó con cuidado en el estuche de violín, hizo una reverencia y se fue.
Mamá y papá entraron inmediatamente después, me miraron y se miraron.
–Tendríamos que decirle algo que le quite el miedo, pobre Juliancito.
Pensaron un buen rato. Los ojos se les fueron llenando de lágrimas y, por fin, a dúo, dijeron:
–¡Pobre hijito nuestro!
Y... no; muy alentador no sonaba.

–¡Bueno! –exclamó entonces mamá con voz de estar animadísima– ¡Vamos a cenar que hay un riquísimo guiso de lentejas!
Nadie probó bocado, y allí quedó ese plato que tanto nos gustaba a todos, enfriándose lentamente.
Para colmo, se ve que les resultaba difícil disimular la angustia que sentían por su único hijo, que iba a ser fagocitado por la bruja más siniestra, y a los dos les seguían rodando por las mejillas unas lágrimas grandes como pelotas de ping pong.
Todo muy poco tranquilizador, para decirlo en pocas palabras.



Por fin llegó la hora de irse a dormir.
Me lavé los dientes, me puse el pijama y me fui a la cama pensando que allí, en la tranquila oscuridad de mi habitación, iba a poder razonar acerca de lo que me esperaba mañana a la medianoche. Pero en vez de eso empecé a sentir extrañas sensaciones, siniestros cosquilleos y, delante de mis ojos abiertos como platos, fueron apareciendo monstruos de pesadilla que sonreían felices por lo que me iba a ocurrir en el cementerio.
Creo que no dormí ni un segundo, ¡ay de mí, la que me espera!

Fin del 7mo. capítulo

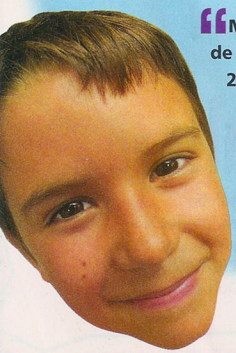
Participá y ganá

¡Confesanos tu secreto!

Si ya te decidiste a revelar alguno de tus secretos, mandanos una carta y una foto tuya a: **Revista Genios**, **Mi Secreto**, **Tacuarí 1842**, **C 1139 AAN**, **Capital Federal**. Porque si tu secreto se hace público en estas páginas, te ganás un maravilloso producto de **Z Multimedia**. ¿Y? ¿Qué tenés para decir?

HOY SE DESCHAVA:

Mauro Ramos, 7 años



"Me gusta Mara, una chica de mi grado. Ya le mandé 20 cartas, pero todavía no encuentro el momento para decírselo. ¡Sería rebueno que se enterase leyendo esto! Así puedo invitarla a casa y llevarla a una heladería."

Historieta

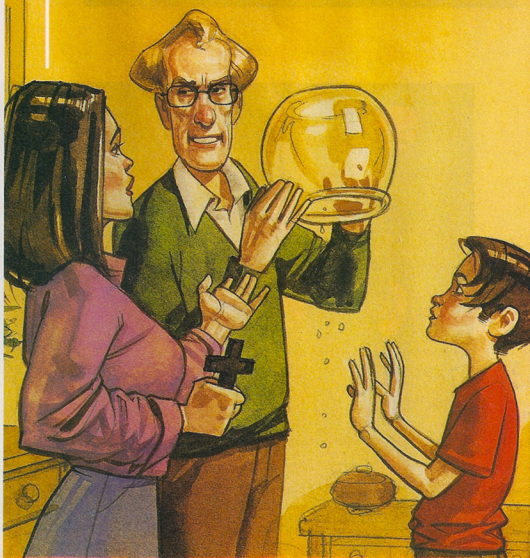
Julián King en el Mundo de la Magia

CAPÍTULO 8

SE ACERCA LA MEDIANOCHE

La bruja Romualda acaba de desafiar a Julián, último diurno puro, a medirse con ella en un duelo espantoso; según lo que Julián arregló con la calavera de gnomo verde, que sirve de asistente de la bruja, será a medianoche en el cementerio. Entre nosotros, Julián está muy asustado...

- Guión: Carlos Trillo
- Ilustraciones: Ignacio Noé



–Mirá, Juliancito, lo que tenés que hacer hoy es practicar pruebas mágicas. La leche está servida en la cocina, vení, tratá de tomártela sin agarrar la taza con las manos –dijo mamá señalándome la mesa del desayuno.

Me senté, hice un esfuerzo muy pequeño y la taza se elevó por el aire. La atraje hacia la boca, la hice inclinar al ángulo correcto y me la tomé.

Mamá aplaudió mi destreza.

Papá, un poco más optimista que anoche, me dijo que tenía que ejercitar más mis poderes para poder enfrentar a Romualda.

Me fueron pidiendo cosas: levantar una tetera en el aire, hacer que el perchero flotara, convertir a la alfombra en voladora.

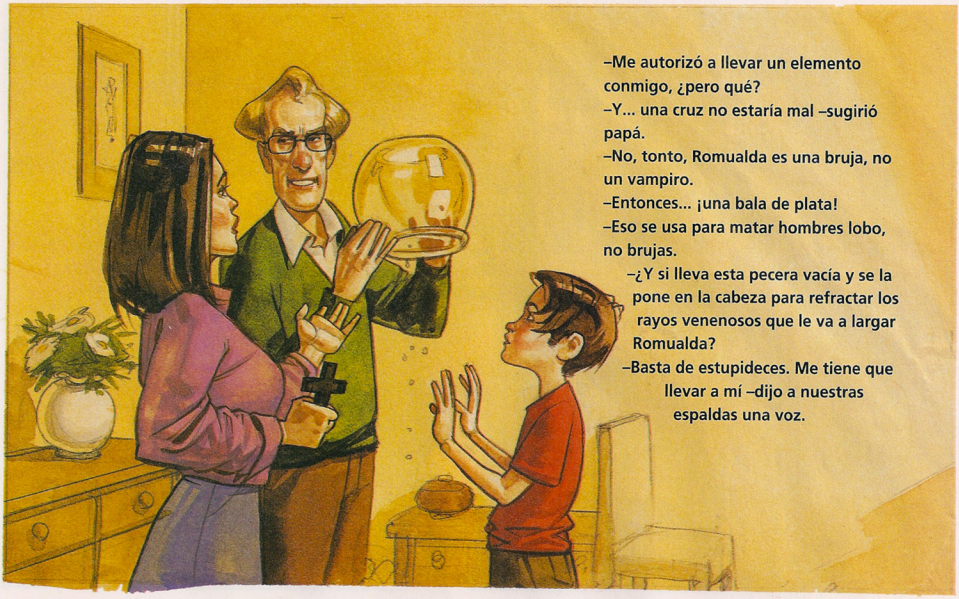
Eran pruebas livianas y fáciles.

–¿Y si hacés levitar a tu padre? Engordó bastante en este último tiempo, así que debe estar bastante pesadito –dijo mamá.

Miré fijamente a papá. La verdad, era pesado. Pero después de un par de intentos logré hacerlo nadar por el aire del living, a la altura de mis ojos.

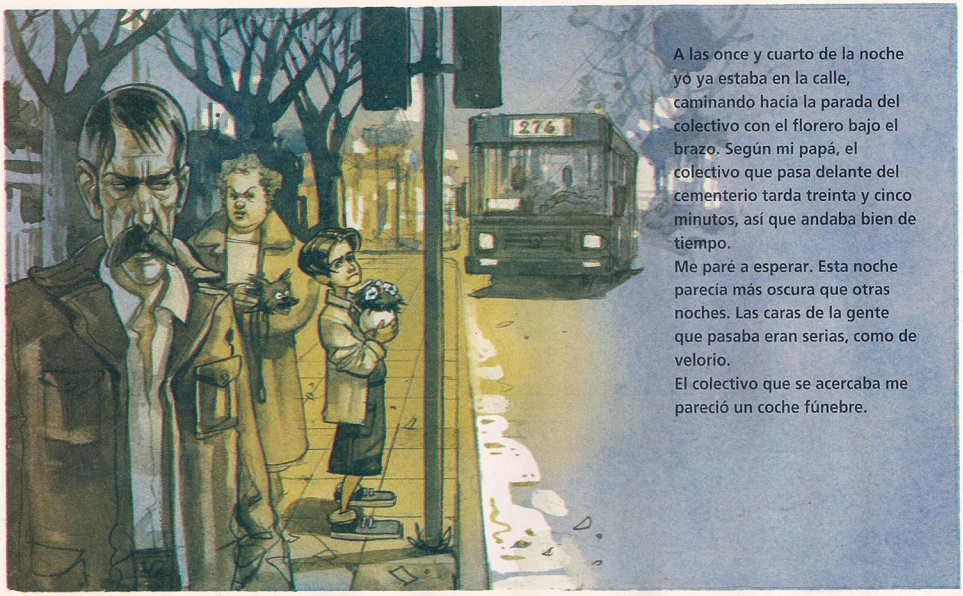
Durante un buen rato mantuve tetera, perchero, aceitera, alfombra y padre a buena distancia del piso.
Hasta que sonó el teléfono.
Raro: en vez de "ring ring" hizo "¡aaaaarrrrgggghhh aaaaaarrrrgggghhhh!
El sobresalto me hizo perder concentración, y la tetera, la alfombra, el perchero, la aceitera y mi papá se estrellaron contra el parqué.
Mi mamá estuvo a punto de atender, pero la detuve.
–Dejá, ma, ¿no te das cuenta de que el llamado es para mí?

–¿Qué querés, Romualda?
–pregunté sabiendo de antemano quién llamaba.
–Te llamo para decirte algo que te demostrará lo buena y comprensiva que soy con los diurnos que se van a convertir en jalea. Esta medianoche, cuando vengas al cementerio, podés traer algún elemento en las manos; no sé, un arma, un escudo, un casco, lo que quieras. Y ahora, dicho esto, me despido de vos con un rugido de dragón enceguecido por la furia.
Aparté el teléfono a tiempo, impidiendo que el dragón me chamuscara la oreja.



–Me autorizó a llevar un elemento conmigo, ¿pero qué?
–Y... una cruz no estaría mal –sugirió papá.
–No, tonto, Romualda es una bruja, no un vampiro.
–Entonces... ¡una bala de plata!
–Eso se usa para matar hombres lobo, no brujas.
–¿Y si lleva esta pecera vacía y se la pone en la cabeza para refractar los rayos venenosos que le va a largar Romualda?
–Basta de estupideces. Me tiene que llevar a mí –dijo a nuestras espaldas una voz.

El que había dicho eso era el florero.
–¡Don Roque! –exclamó mi mamá sorprendida–. No sabía que usted podía hablar.
–Me cuesta un poco –suspiró el jarrón–, así que en general prefiero quedarme callado. Pero puedo serle de enorme utilidad a Julián.
El teléfono pegó otro alarido, el auricular se levantó solo y la voz de Romualda gritó:
–¡Che, Julián! Nada de venir al cementerio con tus papitos, ¿eh? Quiero verte a vos solo, ¿entendido?
Y cortó.



A las once y cuarto de la noche yo ya estaba en la calle, caminando hacia la parada del colectivo con el florero bajo el brazo. Según mi papá, el colectivo que pasa delante del cementerio tarda treinta y cinco minutos, así que andaba bien de tiempo.

Me paré a esperar. Esta noche parecía más oscura que otras noches. Las caras de la gente que pasaba eran serias, como de velorio.

El colectivo que se acercaba me pareció un coche fúnebre.

Subí. Saqué boleto. Me senté del lado de la ventanilla. Los barrios que íbamos atravesando se ponían cada vez más tenebrosos, como si el nuestro fuera el camino hacia la puerta del infierno.

–¡Parada Cementerio! –dijo el chofer con su voz quemada.

Bajé como un autómata. El cementerio estaba allí, custodiado por estatuas que parecían sufrir terriblemente. Caminé hacia la puerta de acceso que, extrañamente para esa hora de la noche, estaba entreabierta...

Fin del 8vo. capítulo

Participá y ganá

¡Confesanos tu secreto!

¡Arriba las declaraciones! ¡Abajo las incógnitas! Mandanos tu carta y una foto a: **Revista Genios**, **Mi Secreto**, **Tacuarí 1842**, **C 1139 AAN**, **Capital Federal**, revelándonos tu mejor secreto. Si sale publicado, vas a llevarte un maravilloso producto de **Z Multimedia**. ¡Dale! ¡Nos supera la intriga!

HOY SE DESCHAVA:

Bárbara Roselli, 14 años

"A mí me gusta un chico que se llama Matías. Y como en la revista muestran cosas fantásticas y sorprendentes, me gustaría que él se entere por este medio de que me gusta un montón. Tiene 16 años, ¡y ni lo sospecha! Pero ya aposté que, para el año 2004, iba a estar enamorado de mí."

Historieta

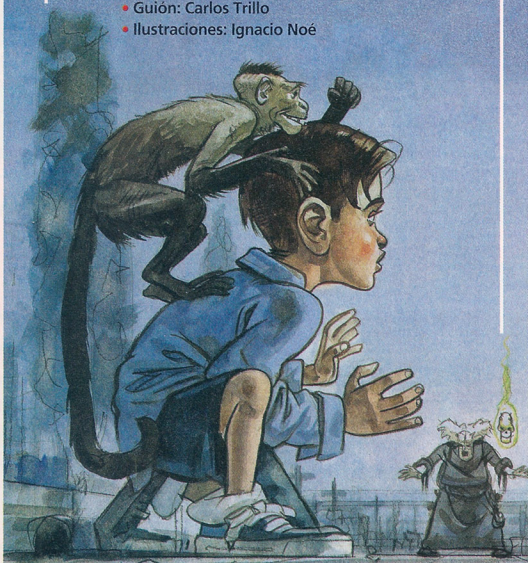
Julián King en el Mundo de la Magia

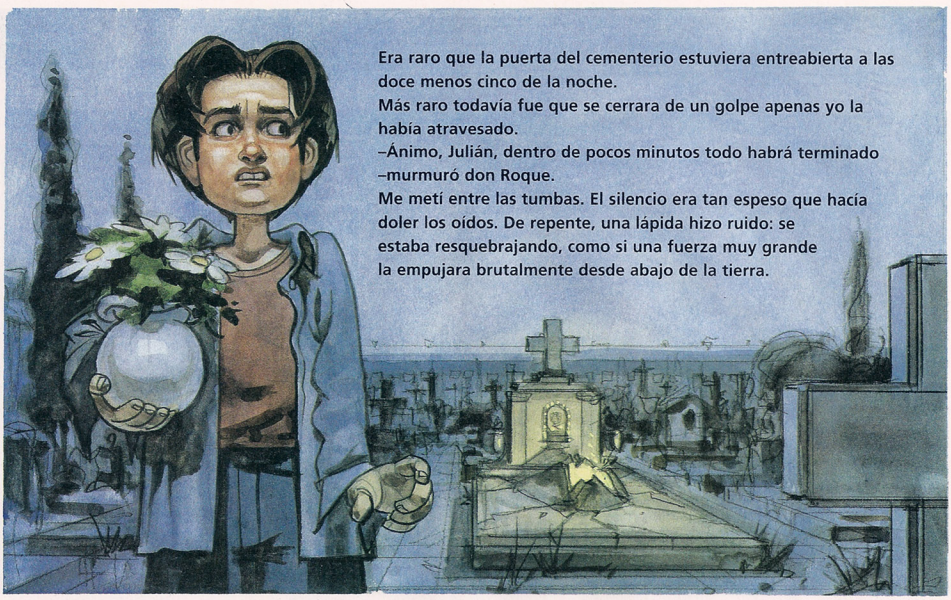
CAPÍTULO 9

La batalla del cementerio

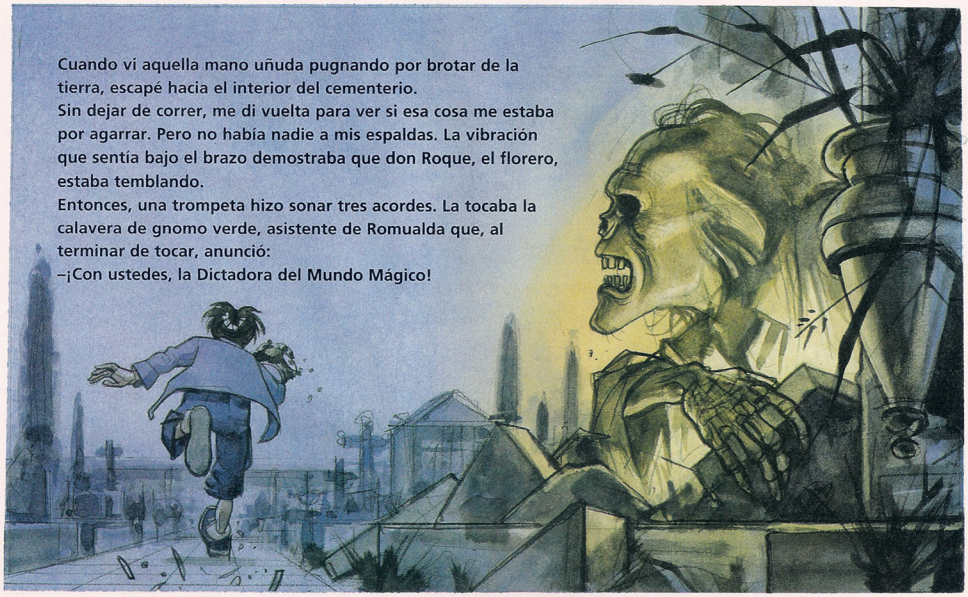
El poder sobre el mundo mágico puede tenerlo una horrible bruja como Romualda, o un descendiente de magos buenos. Al parecer, Julián proviene de ese tronco familiar. Y por eso Romualda lo ha desafiado a una lucha en el fantasmal terreno del cementerio. Y ahí está llegando nuestro héroe, pobre...

- Guión: Carlos Trillo
- Ilustraciones: Ignacio Noé





Era raro que la puerta del cementerio estuviera entreabierta a las doce menos cinco de la noche.
Más raro todavía fue que se cerrara de un golpe apenas yo la había atravesado.
–Ánimo, Julián, dentro de pocos minutos todo habrá terminado –murmuró don Roque.
Me metí entre las tumbas. El silencio era tan espeso que hacía doler los oídos. De repente, una lápida hizo ruido: se estaba resquebrajando, como si una fuerza muy grande la empujara brutalmente desde abajo de la tierra.



Cuando vi aquella mano uñuda pugnando por brotar de la tierra, escapé hacia el interior del cementerio.
Sin dejar de correr, me di vuelta para ver si esa cosa me estaba por agarrar. Pero no había nadie a mis espaldas. La vibración que sentía bajo el brazo demostraba que don Roque, el florero, estaba temblando.
Entonces, una trompeta hizo sonar tres acordes. La tocaba la calavera de gnomo verde, asistente de Romualda que, al terminar de tocar, anunció:
–¡Con ustedes, la Dictadora del Mundo Mágico!

Ahí fue cuando Romualda apareció e hizo una profunda reverencia, como una actriz famosa que espera el aplauso de su público.

–Viniste, niño tonto. Pensé que no te ibas a atrever a enfrentarme. Antes de eliminarte, me gustaría ver qué habilidades tenés. ¿A ver? ¿Sos capaz de mandarme un rayo verde que me incinere?

Yo nunca había hecho una cosa semejante, pero me concentré y vi cómo delante de mis ojos se formaba una lucecita verdosa que fue creciendo, creciendo y salió hacia la bruja como si fuera un rayo caído del cielo.

Era increíble. El rayo verde que ella misma me había sugerido la había dejado toda chamuscada... Y furiosa, claro.

–Con truquitos a mí, ¿eh? ¡Quiero que este rayo azul te convierta en un ridículo mono titi!

El rayo azul se formó de la nada, me apuntó bien y se me vino encima a toda velocidad. Por un momento me sentí perdido, pero debajo de mis brazos, sentí que don Roque se movía con gran esfuerzo para cambiar de posición...

Menos mal; el movimiento del florero había sido para interponerse entre el rayo azul y yo. Fue él quien recibió el impacto, tan fuerte que lo dejé caer. Pero no se rompió, porque ya no era un jarrón sino un simpático simio pequeño y feliz.

–¡Es mucho más divertido ser un mono que un florero! –chilló don Roque saltando de alegría, mientras Romualda se distraía mirándolo.

Con gran esfuerzo, mi mente movió una pesadísima lápida de mármol, que arrojé contra la bruja con toda la energía que fui capaz de reunir.

Increíble: Romualda había atajado la lápida de un cabezazo y la partió en mil pedazos.

–¡Atajó el arquero! –gritó Tito imitando la voz de un locutor.

Festejaron diciendo estupideces acerca de la valla menos vencida y de ese maravilloso arquero llamado Romualda, que seguramente iba a ser comprado en veinte millones por la Fiorentina.

Don Roque, ahora mono, y yo, nos miramos pensando lo mismo: que la Jefa Suprema del Mundo mágico estaba un poco pirucha.

Fin del 9no. capítulo

Participá y ganá

¡Confesanos tu secreto!

Cuando un secreto se vuelve muy difícil de guardar... ¡lo mejor es contarlo! Mandá tu carta y una foto a: **Revista Genios**, **Mi Secreto**, **Tacuarí 1842**, **C 1139 AAN**, **Capital Federal** y hacenos una confesión. ¡Si tu caso sale publicado, te habrás ganado un maravilloso producto de **Z Multimedia**! Somos tan curiosos...

HOY SE REVELA:

Pablo Lavín, 13 años

"Creo que mis amigos me conocen bastante, y saben todo de mí. Pero lo que tengo que confesar, creo que ellos ni lo sospechan: ¡estoy enamorado! Todavía no voy a decir el nombre de la chica. Pero empieza con "D", va a mi grado y es la chica más linda de todas."

Historieta

Julián King

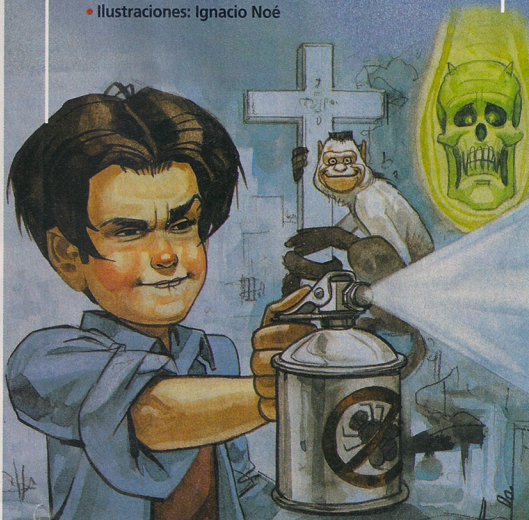
en el Mundo de la Magia

CAPÍTULO 10

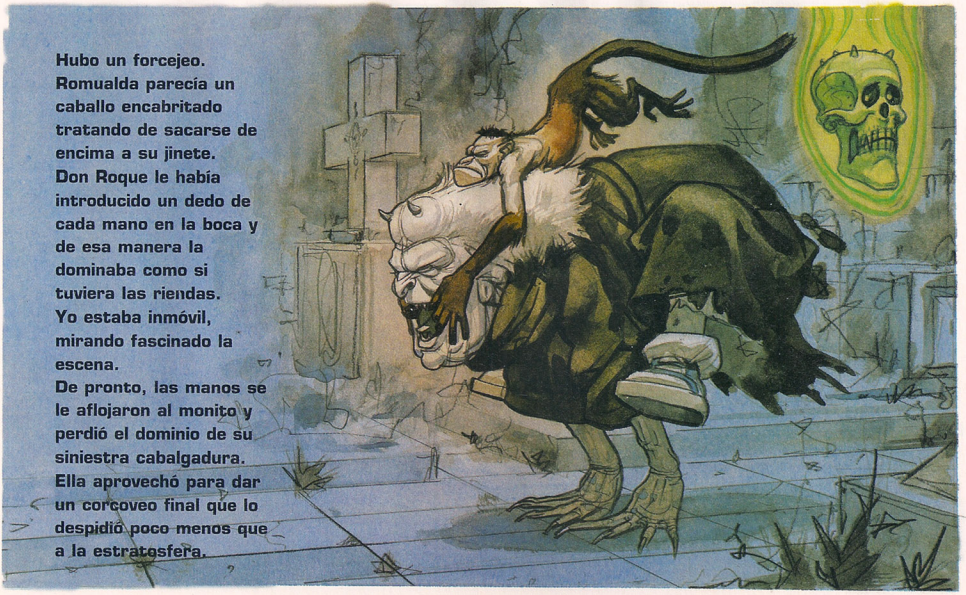
LA MOSCA GIGANTE

Romualda, la bruja espantosa, estaba delante de mí con su aspecto tremebundo. Era medianoche en medio del cementerio. Entre los dos se dirimía un combate por el título de Gobernante Supremo del Mundo Mágico. Pobre de mí...

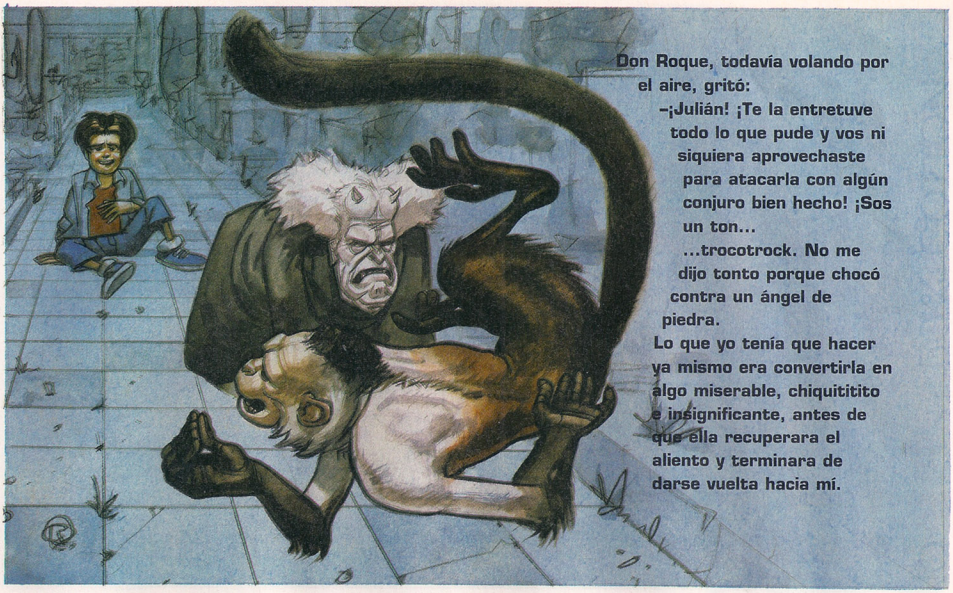
- Guión: Carlos Trillo
- Ilustraciones: Ignacio Noé



Ahí estaba Romualda, apuntándome cuidadosamente con el insecticida, mientras empezaba a pronunciar un terrible conjuro.
–¡Que este diurno se transforme en una mos...
Mosca, intentó decir. Pero no pudo terminar la palabra porque don Roque, antes florero y ahora monito, le había saltado a la espalda y, rodeándole el cuello con las manos, le tapaba fuertemente la boca.
Se agitó Romualda para sacudirse a don Roque. Estaba requeterre-contrarremil-furiosísima.



Hubo un forcejeo. Romualda parecía un caballo encabritado tratando de sacarse de encima a su jinete. Don Roque le había introducido un dedo de cada mano en la boca y de esa manera la dominaba como si tuviera las riendas. Yo estaba inmóvil, mirando fascinado la escena.
De pronto, las manos se le aflojaron al monito y perdió el dominio de su siniestra cabalgadura. Ella aprovechó para dar un corcoveo final que lo despidió poco menos que a la estratosfera.



Don Roque, todavía volando por el aire, gritó:

–¡Julián! ¡Te la entretuve todo lo que pude y vos ni siquiera aprovechaste para atacarla con algún conjuro bien hecho! ¡Sos un ton...

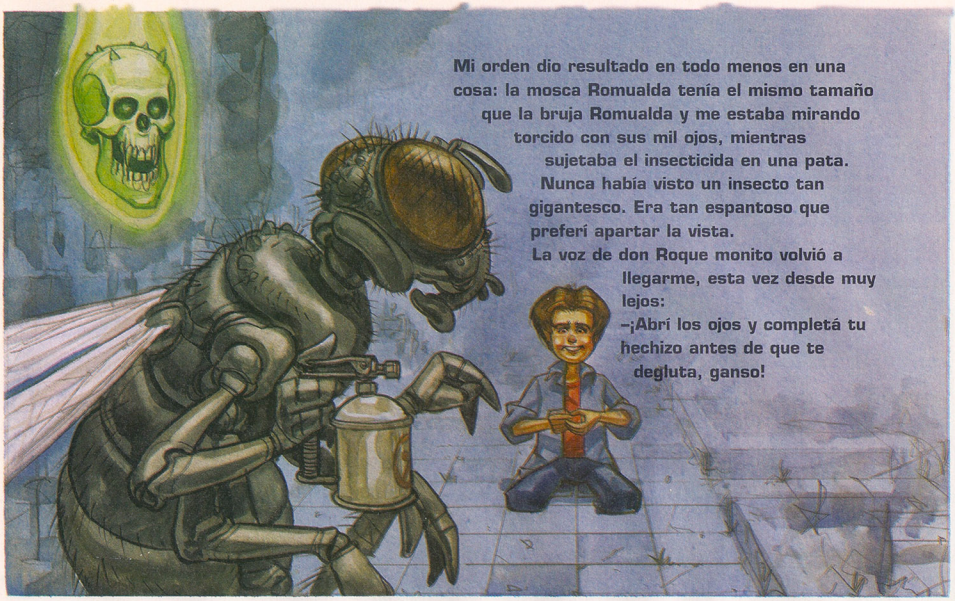
...trocotrock. No me dijo tonto porque chocó contra un ángel de piedra.

Lo que yo tenía que hacer ya mismo era convertirla en algo miserable, chiquititito e insignificante, antes de que ella recuperara el aliento y terminara de darse vuelta hacia mí.

–Debo imaginar una cosa que jamás nadie antes haya pensado, así Romualda se convierte en algo que lleve mi marca, que todos cuando la vean digan: "¡Esto es obra de Julián King!" Mientras tanto, la muy bruja ya respiraba normalmente y estaba a punto de volver a reanudar el conjuro. Y a mí no se me ocurría nada originalísimo. Y así fue que repetí algo ya dicho antes por ella.

–¡Que te conviertas vos en una mosca, Romualda!

Sentí, al decirlo, la vergüenza del copión.



Mi orden dio resultado en todo menos en una cosa: la mosca Romualda tenía el mismo tamaño que la bruja Romualda y me estaba mirando torcido con sus mil ojos, mientras sujetaba el insecticida en una pata.

Nunca había visto un insecto tan gigantesco. Era tan espantoso que preferí apartar la vista.

La voz de don Roque monito volvió a llegarme, esta vez desde muy lejos:

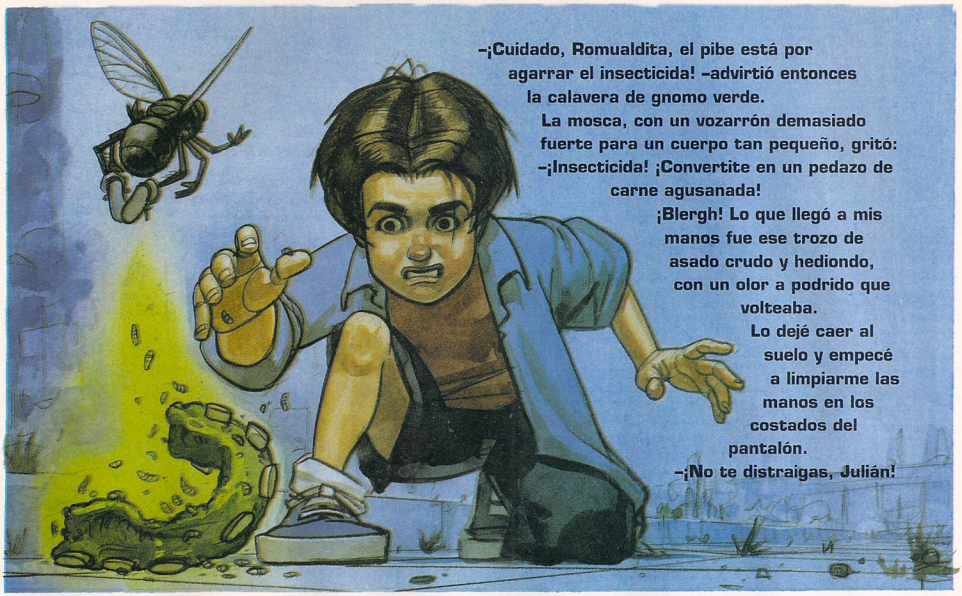
–¡Abrí los ojos y completá tu hechizo antes de que te degluta, ganso!

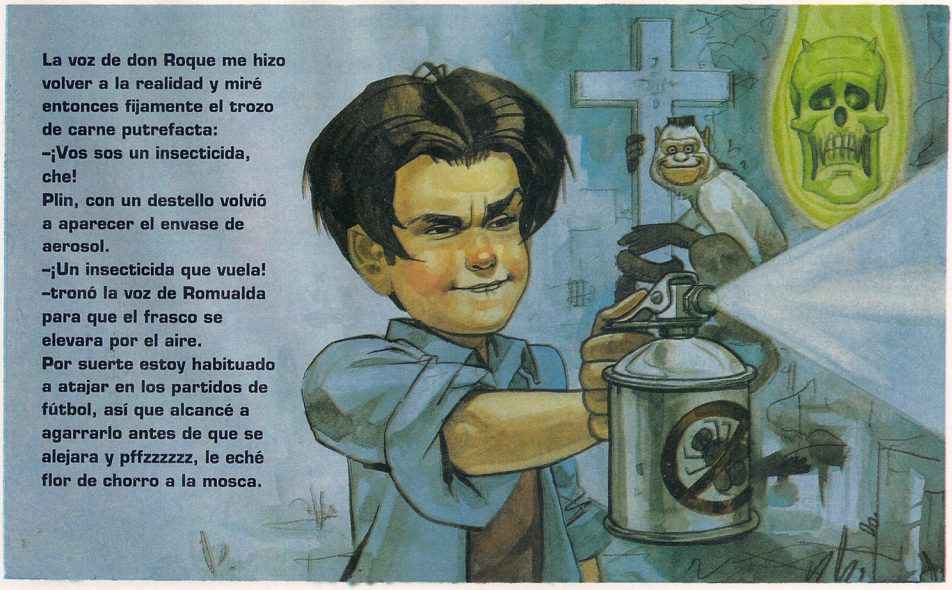
No podía seguir portándome como un cobarde. Enojado cada vez más conmigo mismo, abrí bien grandes los ojos y le agregué a mi pase mágico una frase:

–¡Te equivocaste de tamaño, che!

Romualda se fue reduciendo, reduciendo, hasta convertirse en una mosca del tamaño de una mosca.

En ese momento, el frasco de insecticida fue demasiado grande y pesado para ella, así que lo dejó caer al suelo y yo me abalancé sobre él.





Fin del 10mo. capítulo

Participá y ganá

¡Confesanos tu secreto!

¿Tenés escondido un gran secreto? ¡Basta! Confesá todo y mandá ya mismo tu carta con una foto a **Revista Genios** (**Mi Secreto**), **Tacuarí 1842**, **C 1139 AAN**, **Capital Federal**. ¡No pierdas tiempo! ¡Porque si tu caso sale publicado, te regalamos un maravilloso producto de **Z Multimedia**!

HOY REVELA TODO:

Cynthia Garaffo, 13 años, La Rioja.

"Les voy a confesar algo que no sé si todos saben: yo soy una gran bailarina de folclore. Otra cosita: me encanta hacerle bromas a la gente. ¡Soy muy buena en eso! Y por último les confieso que, con mis amigas del cole, formamos un grupo llamadas «Las zapadas»."

Historieta

Julián King en el Mundo de la Magia

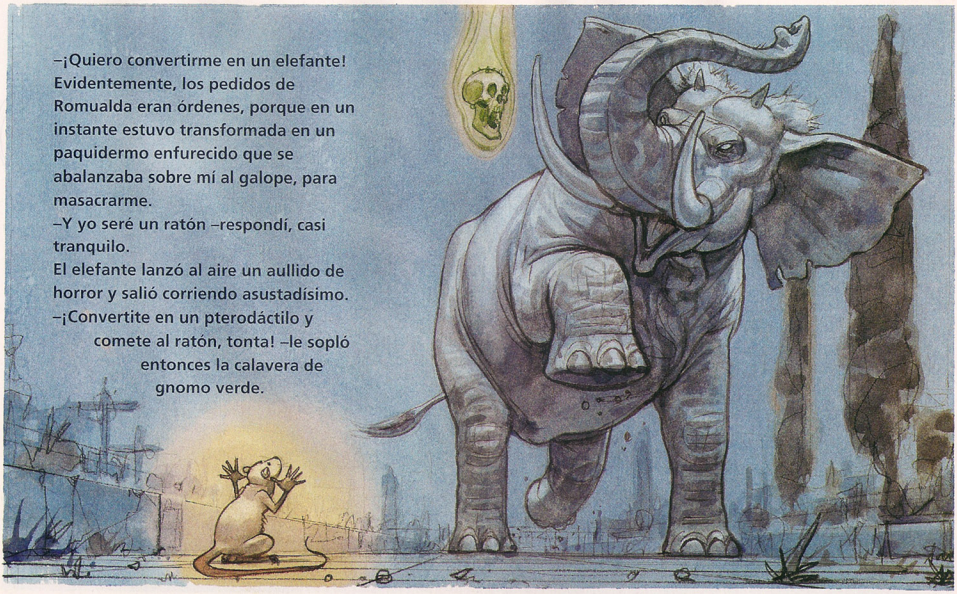
CAPÍTULO 11

ELEFANTES, RATONES Y OLOR A ZORRINO.

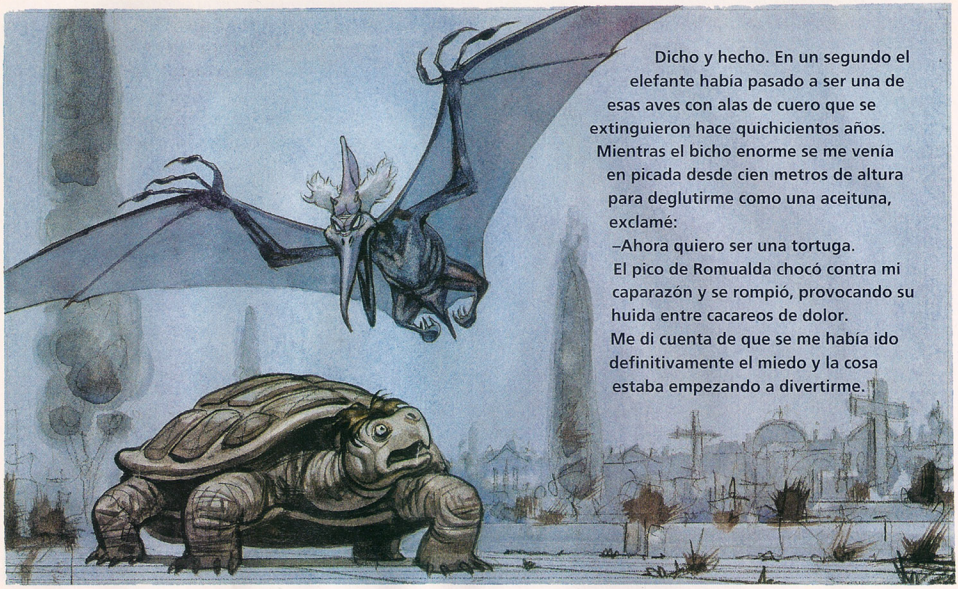
La batalla del cementerio era terrible. Romualda y el diurno Julián medían sus poderes entre lápidas y cipreses, bajo ese cielo amenazante. Él logró transformar a su enemiga en una mosca y se encontró con un insecticida en sus manos. El triunfo parece estar en manos de nuestro héroe...

- Guión: Carlos Trillo
- Ilustraciones: Ignacio Noé

–Pffzzzzzz –hizo el insecticida en aerosol que dirigí sobre la mosca.
–¡Que el líquido que me está cayendo encima, en vez de matar moscas sea un perfume con olor a zorrino! –alcanzó a ordenar ella con su vocecita chillona.
¡Dios mío, que hedor putrefacto! ¡Nunca en mi vida un aroma semejante había castigado mi nariz! Me empezó a faltar el aire mientras Ruperta, acostumbrada a los vapores sulfurosos del infierno, seguía lo más tranquila pensando en otro hechizo tremebundo.



–¡Quiero convertirme en un elefante! Evidentemente, los pedidos de Romualda eran órdenes, porque en un instante estuvo transformada en un paquidermo enfurecido que se abalanzaba sobre mí al galope, para masacrarme.
–Y yo seré un ratón –respondí, casi tranquilo.
El elefante lanzó al aire un aullido de horror y salió corriendo asustadísimo.
–¡Convertite en un pterodáctilo y comete al ratón, tonta! –le sopló entonces la calavera de gnomo verde.

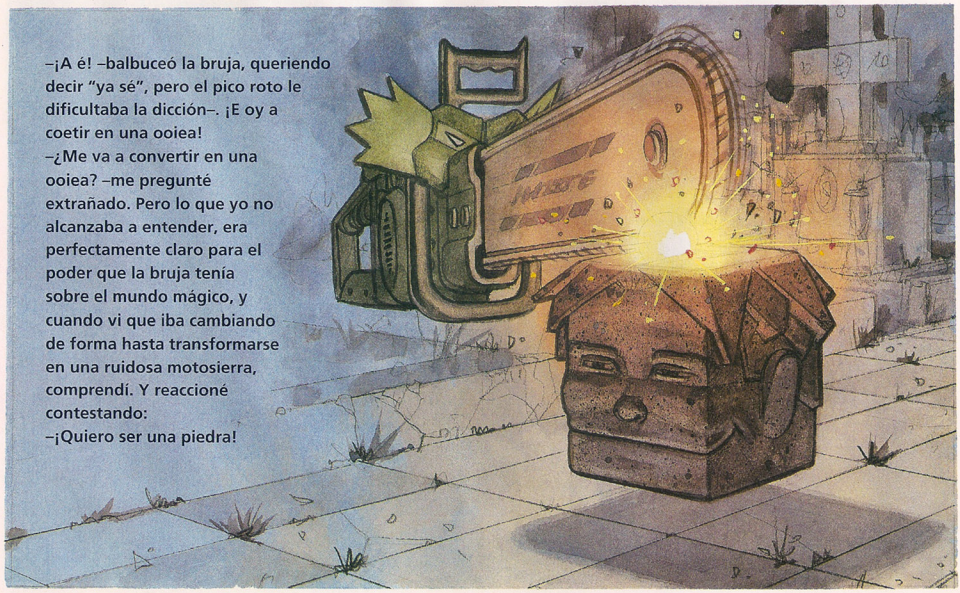


Dicho y hecho. En un segundo el elefante había pasado a ser una de esas aves con alas de cuero que se extinguieron hace quichicientos años. Mientras el bicho enorme se me venía en picada desde cien metros de altura para deglutirme como una aceituna, exclamé:

–Ahora quiero ser una tortuga.

El pico de Romualda chocó contra mi caparazón y se rompió, provocando su huida entre cacareos de dolor.

Me di cuenta de que se me había ido definitivamente el miedo y la cosa estaba empezando a divertirme.



–¡A é! –balbuceó la bruja, queriendo decir "ya sé", pero el pico roto le dificultaba la dicción–. ¡E oy a coetir en una ooiea!

–¿Me va a convertir en una ooiea? –me pregunté extrañado. Pero lo que yo no alcanzaba a entender, era perfectamente claro para el poder que la bruja tenía sobre el mundo mágico, y cuando vi que iba cambiando de forma hasta transformarse en una ruidosa motosierra, comprendí. Y reaccioné contestando:

–¡Quiero ser una piedra!

El ruido a filos rotos que hizo la motosierra fue escalofriante. Pero ya se estaba convirtiendo en otra cosa, en una gigantesca ballena, y se abalanzaba sobre mí como si el aire fuera un mar.

–Seré un arponero –dije lo más campante, y bajo mis pies apareció un bote y en mi mano un arpón filoso que la ballena observó con mucho miedo.

Sobre el cielo del cementerio, me dijo después don Roque, la persecución que empecé recordaba la escena final de Moby Dick.

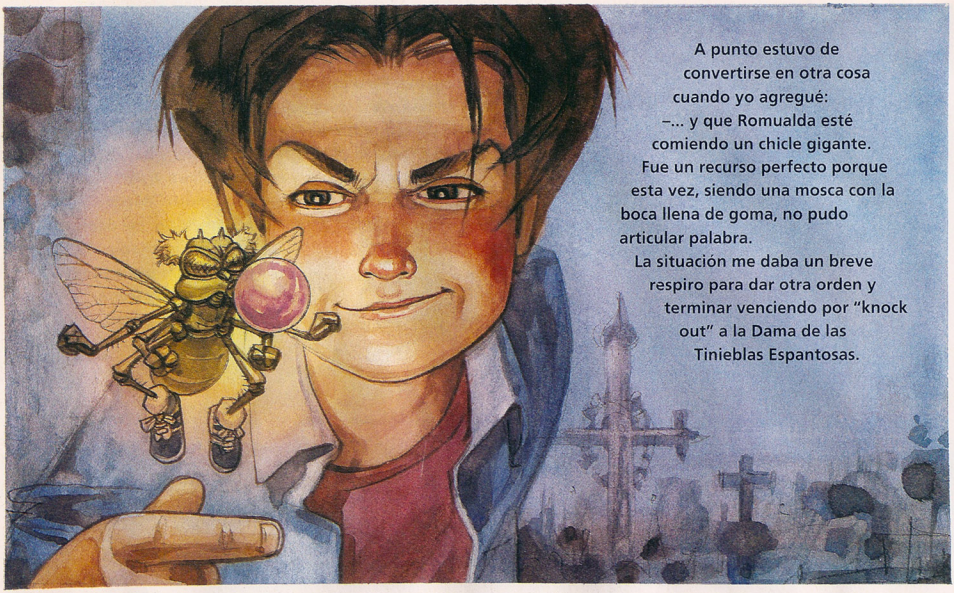
Entonces, Romualda, casi sin aliento, decidió volver a ser bruja. Aterrizó junto a la tumba de un guerrero de la Independencia y, mientras yo también bajaba transformado otra vez en el que soy todos los días, aulló mirándome fijo:

–¡Convertite en una mosca, niño tonto!

Pero esta vez yo estaba preparado:

–Seré un espejo... –retruqué.

El rayo que emitía el dedo de Romualda pegó en mi superficie cristalina y rebotó volviendo sobre ella.



A punto estuvo de convertirse en otra cosa cuando yo agregué:
–... y que Romualda esté comiendo un chicle gigante.
Fue un recurso perfecto porque esta vez, siendo una mosca con la boca llena de goma, no pudo articular palabra.
La situación me daba un breve respiro para dar otra orden y terminar venciendo por "knock out" a la Dama de las Tinieblas Espantosas.

–Ahora deseo ser yo mismo el aerosol matamoscas, pero con brazos y pies –dije.
Mi cuerpo se volvió de lata. En la cabeza me brotó un botín con un agujerito y mi mano se apuró a oprimirlo. De manera que, otra vez, ffffzzzzzzzzz.
Romualda cayó en picada al piso y yo volví a convertirme en Julián para reventarla de un pisotón.
–¡¡¡No la aplastes, pobrecita!!! –me rogó la calavera.
Decime, lector: ¿qué habrías hecho en mi lugar?

Fin del 11mo. capítulo

Participá y ganá

¡Confesanos tu secreto!

¡Ya no tenés necesidad de seguir guardando tus secretos! ¿Por qué? ¡Porque si nos mandás una carta con una foto a **Revista Genios** (**Mi Secreto**), **Tacuarí 1842**, **C 1139 AAN**, **Capital Federal** y nos contás algo jugoso, te llevás de regalo un maravilloso producto de **Z Multimedia**. Y, de paso, nos sacás la curiosidad a nosotros, claro.

HOY SE REVELA:

Julia Rastelli, 8 años, Roldán, Pcia. de Santa Fe.

"¿Quieren saber mi gran secreto? Resulta que mi abuela tiene un kiosco. Y, en cuanto se descuida... ¡le saco algunas golosinas! Lo hago sin que nadie se dé cuenta, obvio. Pero en cuanto esto salga publicado, mi abuela me saca de las orejas."

Historieta

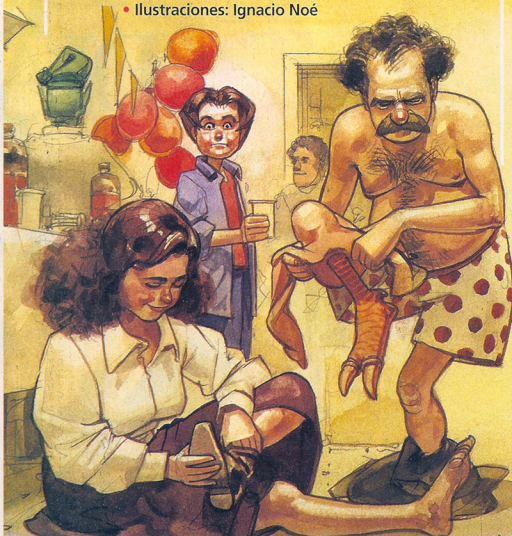
Julián King en el Mundo de la Magia

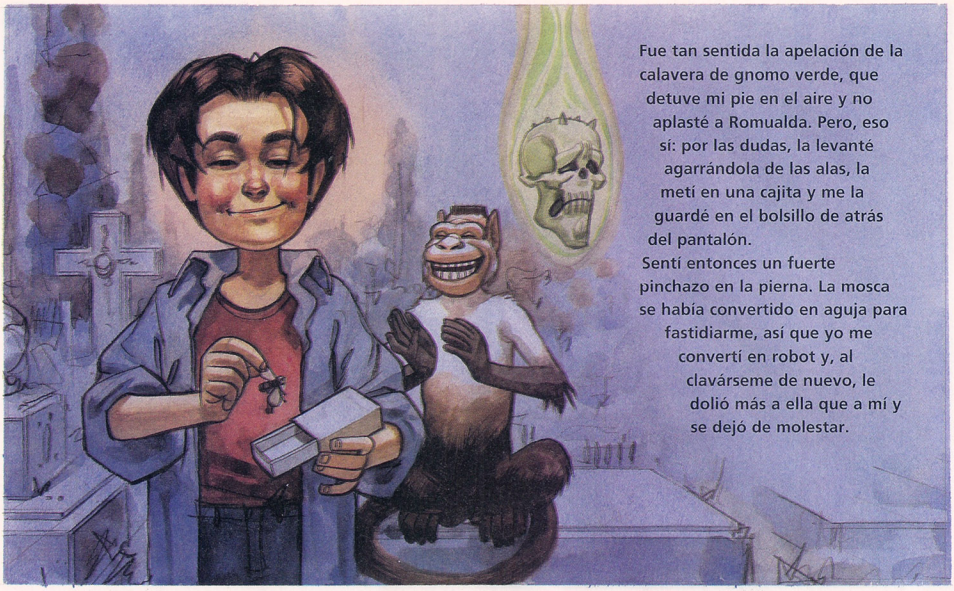
CAPÍTULO 12

El Señor del Mundo Mágico

La batalla del cementerio había sido terrible pero, finalmente, Julián era el absoluto vencedor. La bruja Romualda quedó convertida en una mosca; nuestro héroe acaba de levantar una pierna y parece dispuesto a pegarle a la malvada flor de pisotón. La calavera fosforescente pega un grito: "¡No la aplastes, pobrecita!".

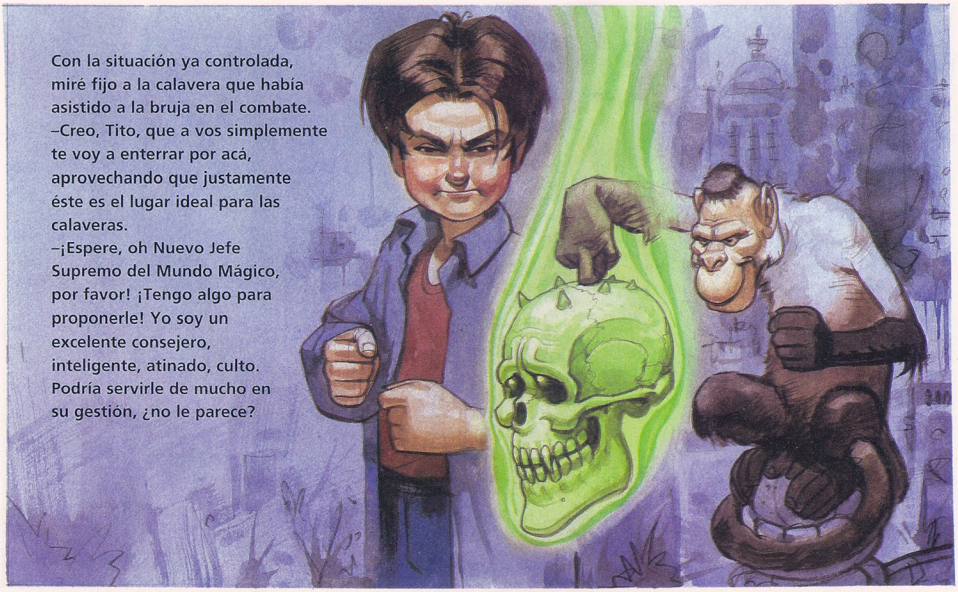
- Guión: Carlos Trillo
- Ilustraciones: Ignacio Noé





Fue tan sentida la apelación de la calavera de gnomo verde, que detuve mi pie en el aire y no aplasté a Romualda. Pero, eso sí: por las dudas, la levanté agarrándola de las alas, la metí en una cajita y me la guardé en el bolsillo de atrás del pantalón.

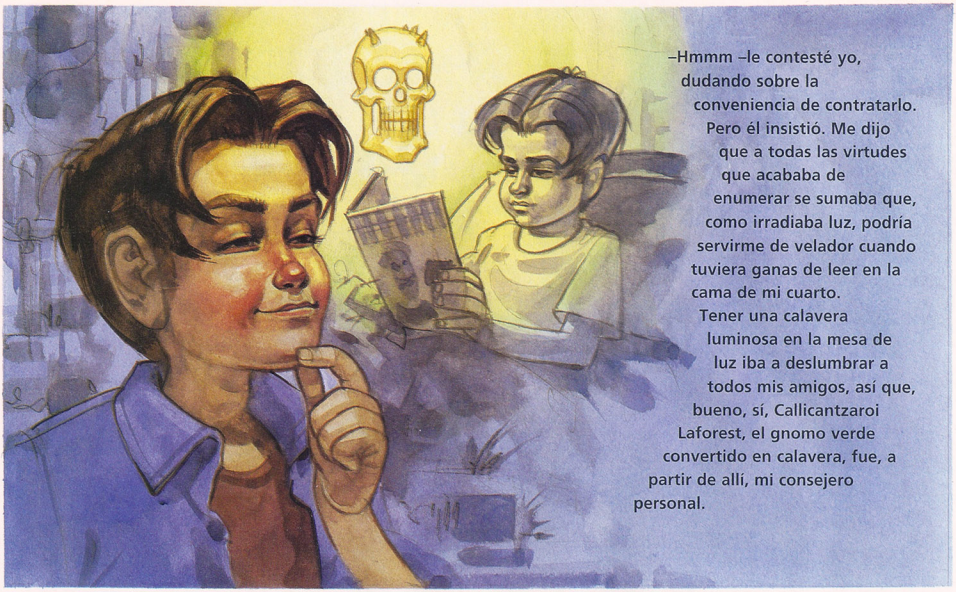
Sentí entonces un fuerte pinchazo en la pierna. La mosca se había convertido en aguja para fastidiarme, así que yo me convertí en robot y, al clavárseme de nuevo, le dolió más a ella que a mí y se dejó de molestar.



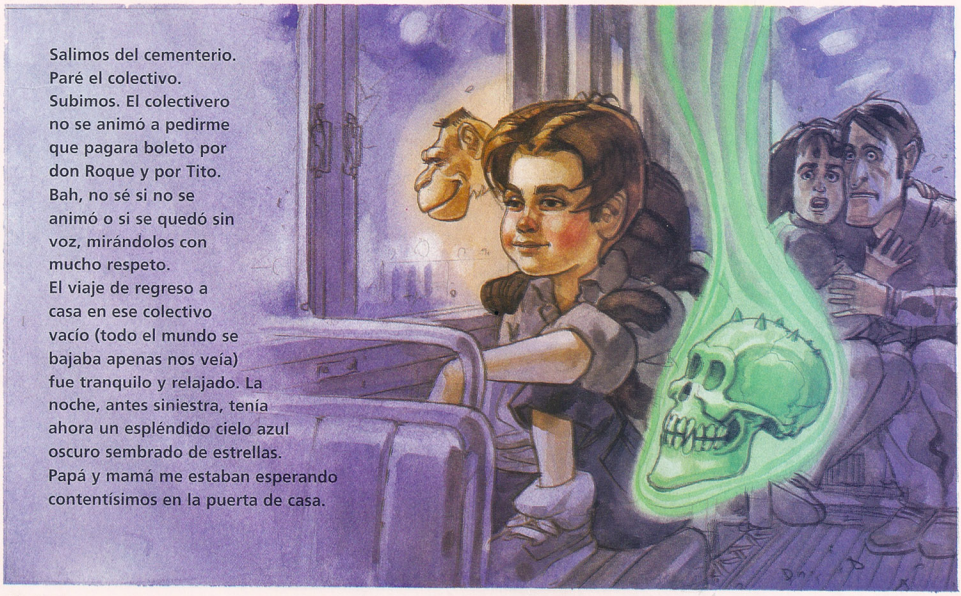
Con la situación ya controlada, miré fijo a la calavera que había asistido a la bruja en el combate.

–Creo, Tito, que a vos simplemente te voy a enterrar por acá, aprovechando que justamente éste es el lugar ideal para las calaveras.

–¡Espere, oh Nuevo Jefe Supremo del Mundo Mágico, por favor! ¡Tengo algo para proponerle! Yo soy un excelente consejero, inteligente, atinado, culto. Podría servirle de mucho en su gestión, ¿no le parece?



–Hmmm –le contesté yo, dudando sobre la conveniencia de contratarlo. Pero él insistió. Me dijo que a todas las virtudes que acababa de enumerar se sumaba que, como irradiaba luz, podría servirme de velador cuando tuviera ganas de leer en la cama de mi cuarto.
Tener una calavera luminosa en la mesa de luz iba a deslumbrar a todos mis amigos, así que, bueno, sí, Callicantzaroi Laforest, el gnomo verde convertido en calavera, fue, a partir de allí, mi consejero personal.



Salimos del cementerio. Paré el colectivo. Subimos. El colectivero no se animó a pedirme que pagara boleto por don Roque y por Tito. Bah, no sé si no se animó o si se quedó sin voz, mirándolos con mucho respeto.
El viaje de regreso a casa en ese colectivo vacío (todo el mundo se bajaba apenas nos veía) fue tranquilo y relajado. La noche, antes siniestra, tenía ahora un espléndido cielo azul oscuro sembrado de estrellas. Papá y mamá me estaban esperando contentísimos en la puerta de casa.

Por algún recurso mágico ya estaban enterados de mi triunfo, pero igual me tocaron para ver si estaba entero y después me abrazaron media hora sin parar.

–Invitamos a todo el Mundo Mágico Diurno, es decir, a los descendientes de Merlín, de la Dama del Lago, de las hadas de los bosques de Irlanda, de los dwarfs noruegos. Hay que festejar el final de esta época negra –dijo papá, mirando cómo mamá guardaba a Romualda en un frasco de vidrio bien hermético.

Sonó el timbre. Llegaban los invitados a la fiesta.

Un montón de gente con caras contentas entró en mi casa. Me saludaban, me felicitaban; algunos me hacían reverencias como si yo fuera un rey. Otros eran conocidos. Como el diariero de la esquina, la señora de la heladería y Fabiana, ¿se acuerdan?, la chica preciosa que me sonrió cuando hice salir corriendo a Pierino, justo antes de empezar todo este lío. Me pregunté si los ángeles como ella pertenecían al Mundo Mágico que yo estaba por empezar a gobernar.

La fiesta parecía muy normal. Los adultos bebían champán; Fabiana, otros chicos y yo tomábamos gaseosas. Todos comíamos unos riquísimos triples aportados por la dueña de la panadería de la otra cuadra.

De pronto, un gordito con cara de farmacéutico miró para todos lados y le preguntó a papá si podían mostrarse tal cual eran. Como papá asintió, empezaron a sacarse los trajes, los jeans, las camisas y los zapatos...

A medida que se quitaban sus ropas iban apareciendo sus cuerpos verdaderos: eran gnomos, duendes, magos de puntiagudo sombrero, princesas encantadas. Yo no podía creer lo que estaba viendo. Debo decir que mi mayor asombro fue ver que Fabiana se transformaba en un hada hermosa, llena de luz y con alitas transparentes.

Tragué saliva. Si no fuera por la sonrisa que me dedicaba Fabiana, esto de ser el nuevo jefe del mundo mágico me habría parecido muy complicado.

Fin de la historia